

INFORME COLIFLOR



No sabemos lo que
pasa, y eso es
lo que pasa

Fernando Herráiz Sánchez

¿Por qué estamos en crisis?

¿Donde está el dinero que hasta antes de ayer corría en abundancia?

Presentimos, sospechamos...que esta crisis será el estado normal de las cosas durante bastante tiempo.

Y si hemos hecho lo de siempre...trabajar, estudiar, comprar..., ¿por que ahora todo va mal? ¿qué ha cambiado?

Estamos cayendo en la cuenta de que somos juguetes en manos de fuerzas que escapan a nuestro control y que no entendemos en absoluto.

El Informe Coliflor disecciona el entorno económico y pone al alcance del lector curioso alguna de las claves esenciales para comprenderlo: “No estamos en crisis por vivir por encima de nuestras posibilidades, si no precisamente por dejar de hacerlo”
“Pretender que los avances tecnológicos creen puestos de trabajo, equivale a conformarnos con el nivel técnico existente en Marruecos en los años 90”

Habrá cambios, no lo duden. Esperemos que la humanidad alcance la cordura necesaria para afrontarlos.



Informe Coliflor

No sabemos lo que pasa, y eso es lo que pasa.

José Ortega y Gasset

Fernando Herráiz Sánchez

A Blanca, Polo, Montse, Cesar, Edy, Ana, Jesús, Víctor, Fran, Alberto, Ignaci, Nayma, Isabel y a todos los que me han ayudado y animado en este empeño.

Diseño de portada y contraportada:

Jesús Tremps García.

PRÓLOGO

A fecha de hoy (verano de 2011), estamos inmersos en lo que todavía se llama *crisis económica*, entendida como bache o depresión entre dos picos, lo cual parece cada vez más dudoso, pues se barrunta que *esta crisis* será el estado normal de las cosas durante bastantes tiempo.

Para el ciudadano de a pie esto es incomprensible. Si hasta antes de ayer todo iba bien..., y hemos hecho lo de siempre..., ir a trabajar, a estudiar, a comprar... ¿qué ha cambiado?..., ¿porqué ahora todo va mal?

La inquietud se extiende. Y es que estamos cayendo en la cuenta de que somos juguetes de fuerzas económicas que escapan a nuestro control, y que para más INRI no entendemos en absoluto.

Este informe aspira a responder a dos preguntas: **¿Por qué estamos en crisis?** y **¿Dónde ha ido a parar el *dinero* que hasta ayer circulaba en abundancia?**

Y pretendemos hacerlo mediante una *verdadera explicación*, que no es exactamente lo mismo que una *explicación verdadera*.

Tras cuatro años de crisis, el relato que ha trascendido a la ciudadanía acerca de su origen y desarrollo ha sido cuando menos confuso y deslavazado. Suele consistir en una acumulación de términos y conceptos económicos que lejos de esclarecer lo que esperamos que esclarezcan, propagan la sensación de que, tal y como nos temíamos, esto de la economía está fuera de nuestro alcance.

Nos han acostumbrado a: “El desencadenante de la recesión ha sido la subida de los tipos de interés en EEUU, unido a una balanza por cuenta corriente deficitaria, a una deuda estatal descontrolada y a una desregulación financiera endémica, lo cual ha arrastrado a los mercados a una descapitalización acelerada..., sin olvidar el papel jugado por el

gigante asiático..., la falta de cohesión de la zona euro..., la burbuja *suprime...y...*”

Declaraciones de esta índole constituyen, en todo caso, una *descripción* y no a una *explicación*, pues esta última debe identificar un número limitado de causas y sobre todo, organizarlas y establecer un orden de importancia. Es lo que pretendemos en este informe.

Consta de tres capítulos o apartados: I Nociones de economía. II Esta crisis. III ¿Dónde está el dinero?

En ellos exponemos, en un lenguaje que creemos accesible, nuestra *verdadera explicación* que, como se comprenderá, también consideramos una *explicación verdadera*.

Opinamos que cualquier ciudadano curioso puede asimilar y entender los principios básicos de la economía y por tanto, formarse una opinión de cuanto pasa a su alrededor. Los hechos fundamentales no son más complejos que otros saberes ampliamente extendidos, como el manejo de ordenadores o los conocimientos teóricos necesarios para obtener el permiso de conducir. Desde luego, depende del interés y la voluntad de cada cual, pero es seguro que no se trata de saberes arcanos que precisen de años de estudio. El objetivo es facilitar algunas nociones útiles para interpretar el galimatías en que se ha convertido el entorno económico.

No pretendemos haber descubierto conceptos o principios económicos nuevos, pues todo lo que sigue se encuentra en libros e informes de economía. Nuestro papel se limita a la mediación y la divulgación.

Solo nos resta animar al lector a perder el respeto reverencial a los expertos y pensar por cuenta propia. Y si alguna vez le asaltan las dudas, recuerden que tras el crack financiero de 2008, Alan Greenspan, expresidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, considerado uno de los hombres mejor informados del mundo sobre asuntos económicos declaró: “*¡Jamás imaginé que a lo largo de mi vida fuese a ver cosa semejante!*”

ACLARACIONES

Dado el estado actual de la *cosa económica*, consideramos que cualquier acercamiento debe incluir a todo el planeta, por lo que el grueso de gráficos y datos se refieren a la economía mundial. En su mayoría proceden del Banco Mundial, y así se debe entender mientras no se indique lo contrario. Están disponibles en

[http: // datos.bancomundial.org/ indicador /all](http://datos.bancomundial.org/indicador/all)

El termino *billón* lo usamos en el sentido europeo (millón de millones) y no en el americano (miles de millones) o millardos. Un *billón* europeo equivale a un *trillón* americano.

I

NOCIONES DE ECONOMÍA

1) *La población.*

El universo económico se funda en una característica distintiva de la especie humana: es capaz de producir más de lo que necesita para sobrevivir. A esta diferencia se la llama *excedente*. Su existencia es condición imprescindible para el desarrollo de la cultura o civilización.

La cuantía del excedente depende de diversos factores como el clima, la abundancia de materias primas, la eficacia de la organización social... y en último termino, de la tecnología disponible en una época y lugar.

El volumen de la población de cualquier sociedad depende de la *producción*, y esta a su vez del nivel tecnológico de la misma. El *Gráfico 1* recoge la evolución del número de habitantes del planeta. Se observa un cambio brusco del ritmo de crecimiento a partir de la revolución tecnológico- industrial.

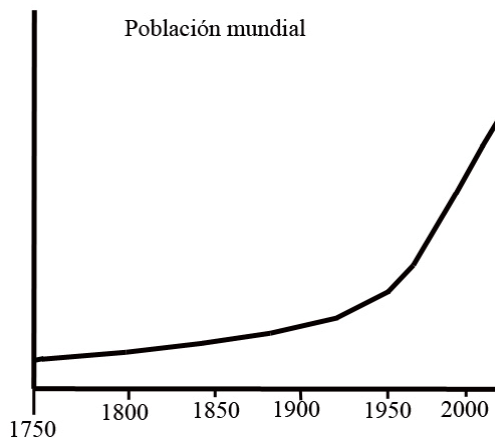


Gráfico 1. Fuente FAO.

2) La producción.

El objetivo del hecho económico es *producir* bienes y servicios para que sean *consumidos* por la población. Por lo que *producción* y *consumo* son los dos actos esenciales de la actividad económica. La manera en que se relacionan y combinan ambos términos determina la marcha económica general de la sociedad.

La *producción* incluye todas las actividades necesarias para que los bienes o servicios sean efectivamente consumidos, por lo que el *comercio* es un apartado de la misma.

Esto se pone de manifiesto en el hecho de que el precio final de las mercancías incorpora los gastos de transporte y distribución.

La *producción* debe aumentar a un ritmo al menos igual al del incremento de la población, pues de lo contrario se producirá una contracción o recesión que pondría en peligro la cohesión o la propia existencia del colectivo¹. En el periodo 1975-2009, la producción mundial creció a un ritmo medio del 2,72%, mientras que la población lo hizo al 1,66 %.

En el momento actual, la inmensa mayoría de la *producción* de bienes y servicios se realiza a través de agentes y empresas privadas.

En cuanto a los primeros, la práctica totalidad de los estados del mundo han renunciado a producirlos.

Por el contrario, la producción *real* de servicios alcanza valores muy significativos. Todos poseen el monopolio de recaudación de impuestos, ejército y justicia, siendo su contribución en asistencia social, seguridad, educación y sanidad muy importante, y en menor grado en cultura e investigación.

Sin embargo, la inmensa mayoría e estos servicios no se introducen en el mercado. Es decir, *no se ponen a la venta*. Por lo que los gastos de los gobiernos deben ser considerados como *consumo*.

¹ Esta afirmación es cuando menos discutible, pero en aras de la simplicidad recogemos la definición clásica y reservamos su discusión para otro contexto.

Esto no quiere decir que no tengan peso en el PIB, solo es otra manera de contabilizarlo.

Al valor de todo lo producido (bienes y servicios) en un país o región se lo denomina Producto Interior Bruto (PIB). Así, el PIB mundial es el valor de todo lo producido en el mundo en un determinado periodo.

La OCDE² es una organización que agrupa a los países más desarrollados del mundo. Entre 1985 y 2009 su producción conjunta supuso alrededor del 75 % del PIB mundial. Son el núcleo duro del capitalismo, y el lugar donde se ha manifestado *esta crisis*. En ellos, la práctica totalidad de la producción la realizan agentes y empresas privadas (sujetos de la *producción*).

En otras áreas como China, India, Cuba, Vietnam y un buen número de países productores de petróleo, existen relevantes sectores productivos públicos.

3) *El consumo.*

Consumir consiste en utilizar los bienes o servicios para los fines que fueron producidos. Por lo que el *consumo* solo lo pueden realizar personas, ya sea de manera individual o colectiva.

En sentido económico, los bienes o servicios utilizados en la producción no son consumo, pues se adquieren para producir otros bienes o servicios. Esto se pone de nuevo de manifiesto en el hecho de que su valor se incluye en el precio de los productos finales.

Una empresa que adquiere maquinaria para fabricar bombillas no está “consumiendo maquinaria”, pues considerándolo de esta manera contabilizaríamos el valor de las máquinas dos veces: cuando fueron adquirida por la empresa, y cuando fueron pagadas por los consumidores de bombillas. El consumidor es aquel que utiliza los bienes y servicios y paga todos los gastos del proceso productivo.

² Incluye Europa, EEUU, Japón, Canadá, Australia, México y otros.

Existen dos tipos de consumidores: individuales y colectivos. La manera de identificarlos es preguntarse quien es el propietario del bien o servicio en el acto de consumo.

El primer tipo (individual) suele denominarse “consumo privado o de las familias”, ya que se considera la unidad familiar como el sujeto del consumo, sea esta de uno o varios miembros. Es una manera de incluir a aquellos componentes de la población (niños, amas de casa, estudiantes, ancianos, parados sin ganancias etc.) que sin ser los propietarios de las rentas, participan en el consumo.

En este apartado abarca también algunas modalidades de consumo colectivo diferentes a las estatales, y de escaso peso en el conjunto de la economía. Se trata de comunidades de propietarios, clubes privados, cooperativas de consumo, *time sharing* u otras formas de consumo compartido.

El segundo tipo (colectivo) se denomina público o del estado, y se refiere a los gastos de las administraciones diferentes a los pagos de salarios a sus empleados. Así, los estados *compran* una carretera, una cama de hospital o armamento para el ejército.

Por tanto, los sujetos del consumo son básicamente dos: los particulares y el estado. El monto total mundial se reparte de la siguiente manera:

Consumo privado: 86,3 %

Consumo público: 13,7 %

4) *Producción y consumo.*

La relación entre *producción* (oferta) y *consumo* (demanda) se rige por la máxima de: solo se produce aquello que se puede consumir. O más exactamente, solo se produce aquello que se puede vender. De donde se sigue que la capacidad de consumo determina la cuantía de lo producido y no al revés.

El equilibrio entre oferta y demanda ha sido siempre un objetivo de la economía, y en términos generales hace tiempo que se ha logrado.

La producción de bienes que no se consumen se reduce inmediatamente.

De la misma manera, se incrementa la de aquellos más demandados

En periodos relativamente cortos, como uno o dos años, el ajuste no es perfecto debido a la existencia de remesas de productos por vender (*stock*), pero considerando periodos más largos (20 o 30 años) el ajuste es notable.

La lucha contra el exceso de *stock* es una preocupación permanente de las empresas, pues además de ocasionar gastos de almacenaje, corren el riesgo de que finalmente las mercancías no sean consumidas. Los estudios de mercado, los procedimientos *just in time* y el aumento general de la información tienden a minimizar el desajuste, de tal manera que se estima que la diferencia entre lo producido y lo consumido no alcanza el 0,3 % del PIB mundial. Este equilibrio solo se trastoca apreciablemente cuando aparece una *burbuja*, de lo cual trataremos más adelante.

La consecuencia de lo anterior es uno de los principios básicos de la economía. Si prácticamente todo lo que se produce se vende, resultará que *la capacidad de consumo es igual al valor total de lo producido*. O lo que es lo mismo, los consumidores en su conjunto (toda la población) tendrán en sus bolsillos la cantidad de dinero justa para comprar todo lo producido (Gráfico 2).



Gráfico 2.

5) *El Ahorro.*

El *ahorro* es la parte de la producción que no se consume. En las sociedades pre industriales se realizaba en especies, alimentos, telas, metales, ganado... En las modernas se materializa principalmente en forma de dinero, por lo que en la actualidad el *ahorro social* es el dinero que no se gasta en el consumo de bienes o servicios.

Los motivos para ahorrar son tres, y no han variado desde los tiempos de los faraones y antes:

1) Garantizar la *producción* futura.

Puede identificarse por ejemplo, con la cantidad de semillas que se guardan para plantar la siguiente cosecha. En la actualidad, con la inversión en *capital*. Maquinaria, inmuebles, instalaciones..., todo aquello necesario para mantener y aumentar el aparato productivo.

2) Prevenir posibles periodos de escasez.

Reservas de alimentos, metales preciosos, materias primas. Hoy día, fondos de pensiones y todo tipo de seguros.

3) Obtener beneficios.

Un ejemplo es la práctica consistente en retirar cereales del consumo y almacenarlos a la espera de que los precios suban. Actualmente, inversión inmobiliaria, depósitos a plazo, acciones bursátiles, fondos de inversión, especulación en divisas etc.

Quien ahorra es siempre el *consumo* y nunca la *producción*. Esto se manifiesta claramente cuando el propietario es un individuo, una familia o el estado, pues como hemos señalado, son los sujetos del consumo.

Supongamos que el ciudadano X destina parte de sus ganancias a contratar un depósito bancario a plazo fijo. Esto implica que a cambio de un beneficio, renuncia a consumir lo depositado durante el tiempo contratado. Caso análogo es el del estado Y, que tras obtener superávit fiscal destina una parte a engrosar las reservas en oro y divisas del país.

El asunto no parece tan claro cuando quien ahorra es una empresa, pues como también hemos señalado, las empresas no consumen.

La empresa Z destina una parte de las ganancias (beneficios no redistribuidos) a una suerte de reserva estratégica de fondos para posibles contingencias futuras. Entiéndase que se trata de una partida diferente a la prevista para las inversiones corrientes de la compañía.

¿Está ahorrando la empresa? Evidentemente...pero, ¿está ahorrando la *producción* u oferta? No, de nuevo quien ahorra es la demanda o consumo. Supongamos que la coyuntura económica cambia. La empresa Z registra un aumento imprevisto de pedidos y decide ampliar la planta de producción con los fondos estratégicos que posee. Adquiere nuevos equipos y contrata a una empresa constructora para que realice la obra. Estas empresas (maquinaria y construcción) tienen empleados y proveedores que reciben pagos y salarios que gastarán en consumir. Es decir, la capacidad de consumo general de la sociedad aumentará, cosa que no ocurrirá mientras los fondos estratégicos permanezcan depositados en un banco.

El ahorro supone siempre una merma en la capacidad de consumo, independientemente de que el propietario sea un particular, una empresa o el estado.

Y dado que la cuantía de la producción depende en última instancia de esta capacidad, la cuantía del ahorro social es determinante en la marcha general de la economía.

5) La circulación.

Una vez definidos los tres elementos esenciales del sistema económico (de cualquier sistema económico) *producción, consumo y ahorro*, pasemos a indagar como se relacionan entre sí.

La economía es un sistema dinámico en el que bienes y servicios, y su contraparte monetaria (dinero), están en continuo movimiento. El productor se transforma incesantemente en consumidor y viceversa. Por lo que el intercambio entre *producción y consumo* es permanente.

Este intercambio tiene como intermediario el *ahorro*, y recorre determinadas vías o circuitos que se describen en el *Gráfico 6* y siguientes. En ellos se recoge la circulación económica general, y más específicamente, el modelo teórico de la economía mundial entre 1975 y 2009. Son por tanto el centro de nuestra interpretación de *¿por qué estamos en crisis?*

Hemos señalado que la motivación nº 1 para ahorrar ha sido siempre garantizar la producción futura. En una sociedad como la actual, esto significa que cada año es necesario reponer, modernizar y ampliar parte del aparato productivo existentes. Hay que sustituir y reparar máquinas, vehículos, inmuebles, carreteras, equipos de comunicaciones, petroleros y satélites. Es decir, el conjunto de la base material que hace posible la producción precisa de una *inversión* permanente que garantice su funcionamiento. De no tener lugar, la *producción* se estancaría, luego se reduciría, y por último cesaría por completo.

A este gasto se le denomina *inversión interna bruta* o *formación bruta de capital*. Nos referiremos a ella simplemente como *inversión*. Según los datos del Banco Mundial, entre 1975 y 2009 su valor medio fue del 21,98% del PIB mundial.

De otra parte, durante el mismo periodo y según la misma fuente, el *ahorro mundial* supuso el 21,75 del PIB.

Ambas magnitudes son prácticamente iguales. Dado el margen de error que incluyen, podemos extraer la media y asumir que tanto la *inversión* como el *ahorro* supusieron el 21,86 % del PIB. *Gráfico 3.*



Gráfico 3.

Esto quiere decir que durante estos años la humanidad *ahorró* exactamente lo que precisaba para renovar y modernizar el aparato productivo necesario para crecer a una media del 2,72% anual.

Si el *ahorro* supone inevitablemente una merma en la capacidad de consumo..., ¿quiere esto decir que la población del planeta renunció a consumir el 21,86% de lo que producía para invertirlo en el aparato productivo?

Veamos. Si el trasvase de *ahorro* entre el *consumo* y la *producción* se realizase de manera directa, resultaría que la demanda no podría absorber la totalidad de la oferta (*Gráfico 4*). O dicho de otra manera, los consumidores no tendrían dinero suficiente para adquirir los bienes y servicios creados merced a su renuncia a consumir.

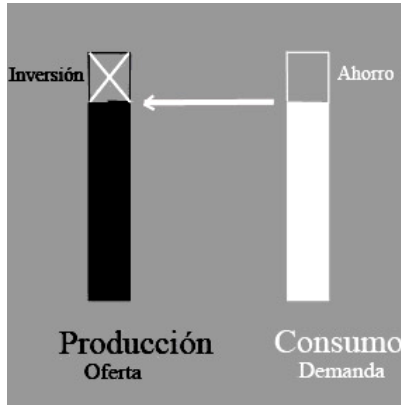


Gráfico 4.

Y como lo que no se vende, no se produce, la *producción* disminuiría inexorablemente año tras año. (Gráfico 5).

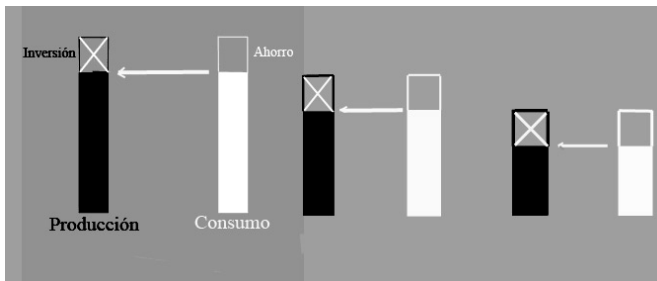


Gráfico 5.

Y sin embargo, lo cierto es que la *producción* ha aumentado. Por tanto, debe existir algún mecanismo que posibilite este trasvase sin que suponga una merma de la misma.

Este mecanismo es el *crédito* y el agente económico que lo administra, la *banca*.

Todos sabemos que el crédito es un préstamo dinerario que ha de ser devuelto en un determinado plazo, pagando cierto *interés*. También que en la *banca* es donde se deposita el *ahorro* y es quien suministra los créditos.

Y finalmente, que para la concesión de un crédito se exige una *garantía* que asegure que será devuelto de una manera u otra.

En la acepción habitual del término, se entiende por *ahorro* cierta cantidad de dinero, normalmente depositada en un banco. En el contexto general de la economía, se considera *ahorro* todas aquellas partidas que suponen una renuncia a consumir de manera más o menos inmediata.

Así, ahorrar es también pagar las cuotas de la seguridad social, contratar un seguro (obligatorio o voluntario), un fondo de pensiones o de inversiones, comprar un inmueble no destinado al uso propio, adquirir acciones bursátiles o de cualquier otro tipo, participar en una cooperativa de crédito etc.

De la misma manera, la *banca* en sentido amplio incluye a todas las empresas u organizaciones, sean públicas o privadas, que se dedican a captar el *ahorro* social.

Bancos, cajas de ahorro, compañías de seguros, comunidades de regantes, organismos de protección social, fondos financieros de todo tipo etc.

Es claro que muchas de estas organizaciones no suministran créditos a la *producción* o el *consumo*. Así por ejemplo, si un particular invierte sus ahorros en comprar acciones de una determinada empresa industrial, esta no los destinará a conceder créditos a terceros. Pero el particular podrá utilizarlas como *garantía* para la solicitud de un préstamo. Lo mismo ocurre con tierras o inmuebles.

La integración del sistema bancario mundial es completa, y esto supone que todas las modalidades de ahorro social son susceptibles de convertirse en *crédito* de una forma u otra.

Las compañías de seguros prestan a los bancos, los fondos de pensiones invierten (prestan) en valores industriales, los bancos gestionan las cuentas de los especuladores de divisas, las comunidades de regantes depositan sus capitales en depósitos a plazo fijo, los colegios privados participan de planes de pensiones...

Incluso organizaciones estatales de protección social, como la Seguridad Social española participan del trasiego financiero, e invierte su superávit en prestar dinero a diferentes estados (compra de deuda pública). La disponibilidad del ahorro para convertirse en crédito es absoluta. Solo precisa que se den las condiciones propicias.

El *Gráfico 6* describe la manera en que se produce el intercambio de valores entre la *producción* y el *consumo*.

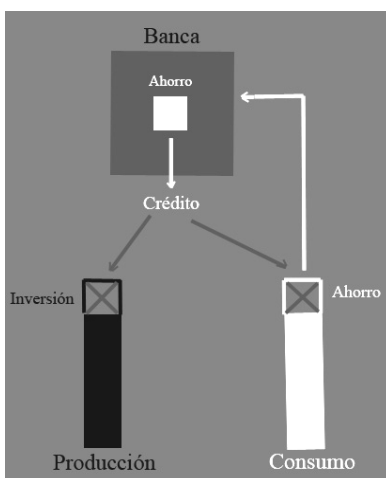


Gráfico 6.

El ciclo comienza en la columna *consumo*. Los consumidores *ahorran* parte del dinero del que disponen, y lo depositan en un lugar llamado *banca*. La *banca*, mediante diversos e intrincados mecanismos, transforma el *ahorro* en *crédito*.

Este *crédito* se distribuye entre la oferta y la demanda, de tal manera que cubra las necesidades de *inversión* de la primera, y rellene el hueco que el *ahorro* ha dejado en el consumo, para que este pueda absorber la totalidad de la *producción*.

Ahora bien, hemos visto que el *ahorro* mundial se corresponde milimétricamente con las necesidades de capital de la oferta..., luego..., ¿de

donde sale la cantidad necesaria para rellenar el “hueco” que el *ahorro* ha dejado en la demanda o *consumo*?

Solo existe una posibilidad: la *banca* ha de conceder créditos por un valor superior a la cantidad de *ahorro* que administra. Es decir, debe multiplicar el valor del ahorro social por una determinada cantidad. Esta *multiplicación* se basa en el denominado efecto retorno, y es posible gracias a la progresiva bancarización de la sociedad.

La esencia del procedimiento es sencilla. Supongamos que un banco tiene en depósito 1000€ de 10 diferentes ahorradores. Un cliente se presenta en una sucursal y solicita un crédito de 800€ para comprar coliflores. El banco se lo concede y le entrega el dinero. El cliente se dirige al coliflorero o coliflorista de su barrio y realiza la compra. Este último aparta 200 € para sus gastos, y al día siguiente ingresa el resto (600 €) en la misma sucursal.

El banco tiene ahora en depósito los 200€ que dejó en reserva, mas los 600€ que ingresó el coliflorista. En total 800€. Es decir, menos de los 1000 que tenía en un principio. En contrapartida, es propietario de una deuda a su favor de 800€. Es decir, posee unos *activos* totales de 1600€.

Esta operación se puede repetir indefinidamente. En cada uno de los pasos, el banco aumentará sus *activos* y disminuirá sus depósitos en efectivo. El resultado será que pondrá en circulación mucho más dinero del que depositaron los 10 ahorradores originales. Es decir, habrá multiplicado el ahorro social. La única dificultad consistiría en que los 10 ahorradores originales se presentasen simultáneamente exigiendo los 1000 € iniciales. En ese caso, el banco no tendría con que pagarles y se vería obligado a quebrar.

El ejemplo anterior aunque real, es algo anticuado. Hoy en día, la mayoría de las transacciones de cierta importancia se realizan mediante transferencias entre los distintos agentes económicos, y el grueso del dinero no sale nunca del sistema bancario. Esto supone una capacidad de multiplicación teórica casi ilimitada.

Los acuerdos de Basilea II, suscritos por la mayoría de la *banca*, establece el porcentaje mínimo de depósitos en el 5 %. Es decir, que el *ahorro* puede ser multiplicado hasta un máximo de 20 veces. En la práctica esta cifra se supera con creces.

Pero lo relevante es preguntarse cuantas veces se *debe* multiplicar el ahorro social para satisfacer las necesidades reales de la economía. O lo que es lo mismo, cuales son las necesidades de *crédito* de la oferta y la demanda para que el esquema descrito pueda efectivamente funcionar.

Es posible realizar un cálculo razonablemente aproximado. En principio, la oferta o *producción* precisa del 21,86 del PIB mundial para renovar el conjunto del aparato productivo, más una cantidad añadida que garantice que la producción del año siguiente crezca, y con ella el conjunto de la economía. En el periodo 1975-2009, la media de esta cantidad suplementaria fue del 0,63 % del PIB mundial.

Por su parte, el *consumo* o demanda necesita rellenar la brecha dejada por el ahorro, es decir, el correspondiente 21,86 % del PIB.

| | |
|---------|---------------------------|
| Oferta | $21,86 + 0,64 = 22,49 \%$ |
| Demanda | 21,86 % |
| Total | 44,35 % del PIB |

Estas cifras garantizan que la producción de un determinado año sea efectivamente vendida y por tanto, consumida. A ellas hay que añadir otras cantidades, sustancialmente inferiores, destinadas a suministrar *crédito* a la compra de bienes usados es decir, producidos en años anteriores. Este *crédito* financia principalmente la compra de inmuebles de segunda mano y a mucha distancia, la compra de maquinaria usada.

No hay datos disponibles sobre su cuantía, pero utilizando métodos indirectos se puede estimar que la mayor parte se dirigen a la demanda, en una proporción de 2 a 1, y en conjunto no superan el 10 % PIB.

Añadiendo estas cifras a las anteriores:

Oferta $22,49 + 3,33 = 25,82 \%$

Demanda $21,86 + 6,66 = 28,82 \%$

Total $54,34 \%$ del PIB.

Por tanto, para asegurar que todo lo que se producía se vendiese, y que la *producción* creciese a un ritmo medio del 2,72 %, la economía mundial precisó que el *crédito* distribuido fuese equivalente al 54,34 % del PIB, lo que supone multiplicar el ahorro social por 2,5.

$$\begin{array}{l} \text{Crédito / Ahorro social} \\ 54,34 / 21,86 = 2,486 \approx 2,5 \end{array}$$

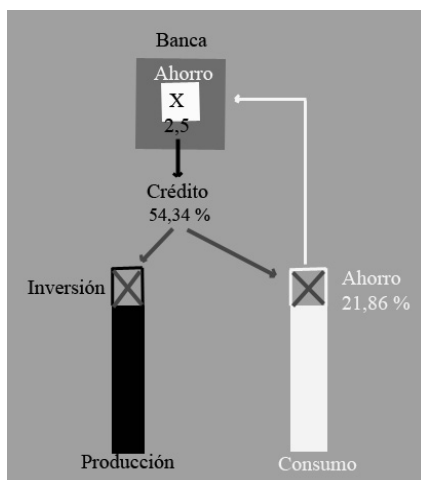
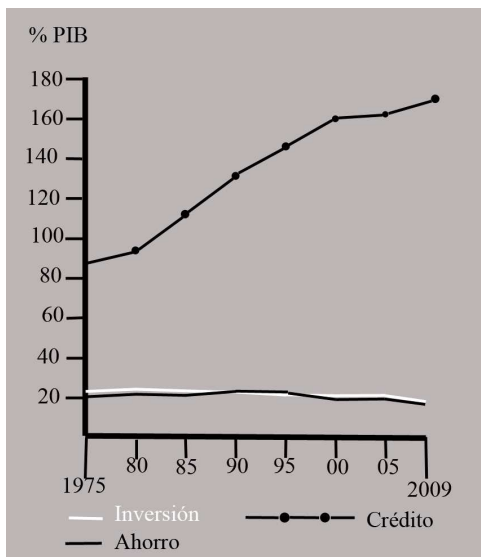


Gráfico 7.

Bien, este es el esquema teórico (Gráfico 7), pero..., ¿ocurrió así realmente? En torno a 1955, en la economía mundial (capitalista) se daban unas proporciones similares a las descritas. Más o menos por estas fechas, comenzó a registrarse un fenómeno curioso. Las necesidades de *inversión* y por tanto de *ahorro* permanecían estables, incluso descendían levemente. Al mismo tiempo, el multiplicador del ahorro social (transformado en

crédito) aumentaba ininterrumpidamente. En 1960 ya se multiplicaba por 3, y en 1970 por 3,42. A partir de 1975 hay disponibles datos más precisos y se puede seguir la evolución en detalle (*Gráfico 8*).



*Gráfico 8. Fuente: datos Banco Mundial.
Elaboración propia.*

Entre 1960 y 2009 el multiplicador pasó de 3 a 9, y el crédito del 75% al 140% del PIB. Y sin embargo, en principio ni las necesidades de la *producción* o del *consumo* lo justificaban. Tampoco las tasas de crecimiento que finalmente se consiguieron. Entonces..., ¿por qué se hizo? Responder a esta pregunta es prácticamente responder a *¿por qué estamos en crisis?*

II

ESTA CRISIS.

1) *La deuda.*

Una manera de averiguar el porqué del extraordinario aumento del *crédito* consiste en determinar donde fue a parar. No existen cifras mundiales desglosadas, pero sí pistas que permiten seguirle el rastro.

Una de ellas es el endeudamiento dado que el *crédito*, en tanto no ha sido satisfecho, se contabiliza como *deuda*. Y a partir de 1985 hay datos referidos al endeudamiento en los países de la OCDE.

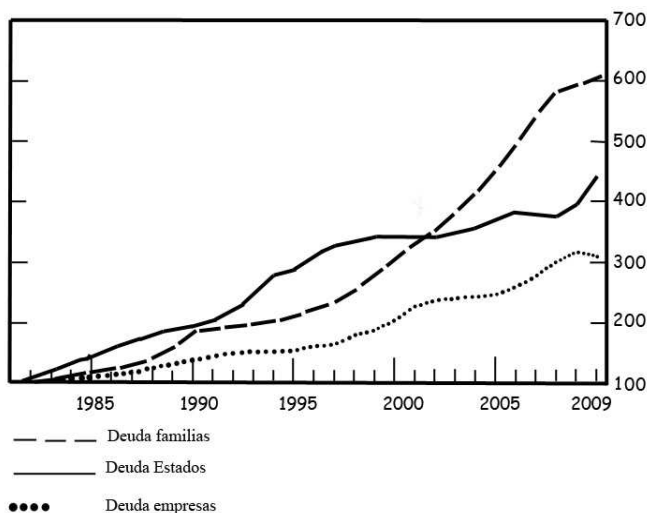


Gráfico 9. Fuentes: OCDE.

Cecchetti, Mohanty and Zampolli. The real effects of debt.

En el *Gráfico 9* se observa el crecimiento de la deuda de familias, empresas y estados. Es decir, de los sujetos de la oferta (empresas) y la demanda (familias y estado). El eje de la derecha recoge el porcentaje de crecimiento real en cada uno de los casos. Destaca el espectacular aumento

de la deuda familiar, un 600%, seguido de los estados, 440% y de las empresas 310%. Esto ocurrió en 30 años.

En términos de oferta - demanda, la evolución de la deuda ha sido como sigue:

| | 1980 | 2009 |
|-------------|------|-----------|
| Producción: | 80 % | 130 % PIB |
| Consumo: | 90 % | 200% PIB |

Es pues evidente que el grueso del aumento del *crédito* fue finalmente a parar a la *producción* y el *consumo*. Ahora bien, esto plantea una curiosa paradoja. Entre 1971 y 1980, la economía de la OCDE crecía a un ritmo del 4 % anual. En el periodo 1980 y 2009, en plena vorágine crediticia, el ritmo disminuyó al 2,8 %.

Y más deuda significa más crédito. Lo que implica un aumento significativo de los recursos productivos ¿Cómo entender pues que, contando con más recursos, las empresas produjesen relativamente menos?

La única respuesta posible es que sus recursos no aumentaron en proporción a los créditos que recibieron. Y esto solo puede significar una cosa: además del *ahorro* destinado a renovar el aparato productivo, rellenar la brecha dejada en el *consumo* y financiar la compra de bienes usados, debió existir otro tipo de *ahorro* que no se destinó a ninguno de estos apartados.

Veamos. En gráfico anterior, la cuantía del ahorro social es idéntica a las necesidades de inversión. Pero..., ¿que ocurriría si el *ahorro* fuese mayor? (*Gráfico 10*).

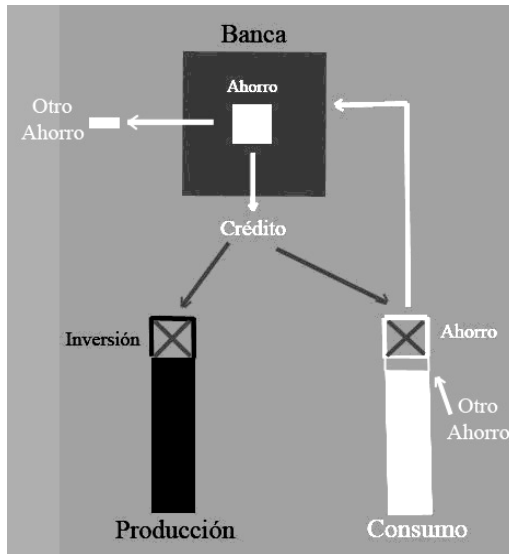


Gráfico 10.

Inevitablemente el hueco que dejaría en la columna de la demanda aumentaría, por lo que habría que incrementar el *crédito* para completarla, sin que por ello se ampliara la capacidad de consumo, y por tanto, la producción. De esta manera se explicaría la paradoja de una demanda cada vez más endeudada y un menor ritmo de crecimiento. ¿Pero qué ocurre con la oferta, dado que el crédito destinado a las empresas también se incrementó notablemente?

Ahorro significa menor capacidad de consumo. Ahora bien, cuando el *otro ahorro* se produce en la columna de la *producción*, es decir es propiedad de las empresas, provoca un doble endeudamiento dado que “vacía” simultáneamente ambas columnas.

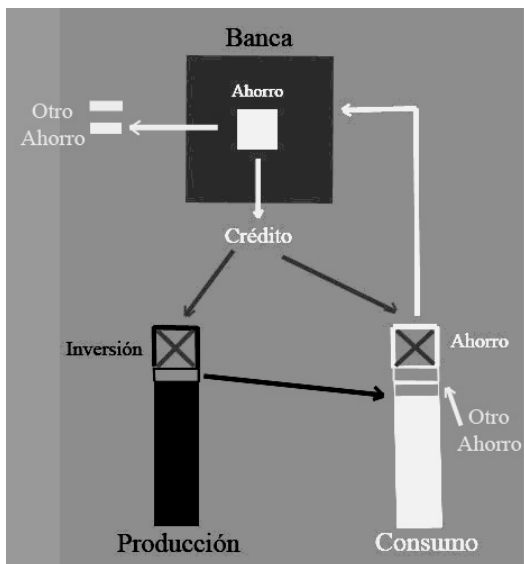


Gráfico 11.

Este esquema (Gráfico 11) proporciona una descripción bastante ajustada de lo que realmente sucedió, sin embargo no incluye un dato relevante: ¿a cuanto ascendió el *otro ahorro*, aquel que no se empleó en la *producción* o el *consumo*?

No existen cifras globales, solo estimaciones que difieren considerablemente. Por nuestra parte ofrecemos una: cada año, alrededor de un 3,33% del PIB mundial pasó a engrosar el escurridizo *otro ahorro*. Esta estimación es conservadora (reducida), pues la magnitud real ha sido probablemente mayor.

Pero nuestro objetivo no es tanto llegar a una cifra más o menos exacta, como mostrar como un porcentaje relativamente pequeño de ahorro *extra* es capaz de desestabilizar el conjunto de la economía.

En principio, un 3,33% del PIB no parece excesivamente dañino. La brecha dejada en el *consumo* pasaría del 21,86% al 25,2% del PIB. Bastaría con aumentar ligeramente el multiplicador del *crédito* para cubrirlo sin

mayores dificultades. Sin embargo, el asunto cambia cuando lo ponemos en relación al principal sujeto del *consumo*: las familias, o consumo privado.

Como señalamos, supone el 86,3 % del total. En los países de la OCDE se sustenta fundamentalmente en los trabajadores asalariados, ya que suponen a su vez el 80% del total de la población laboral. Es decir, que la capacidad total de consumo de la población depende sobre todo de las rentas de los trabajadores asalariados.

La consecuencia más destacada es que estos trabajadores y el estado deben asumir la gran mayoría (en una proporción 86,3/13,7) del endeudamiento que el *ahorro* provoca en la columna de la demanda.

En líneas generales, una familia o individuo puede destinar un máximo del 33% de su renta al pago de todo tipo de deudas. Por encima de este porcentaje, se presentarían dificultades. O de otra manera, mientras el endeudamiento no pase de esta cifra, será estable, y por tanto viable a largo plazo.

Veamos que ocurriría en los siguientes supuestos:

a) La totalidad del *ahorro social* retorna a la *producción* y el *consumo*.

El endeudamiento de la demanda supondría el 21,86 % del PIB.

Repartiéndose:

| | |
|---------------------|---------|
| Rentas del trabajo: | 18,86 % |
| Estado: | 3 % |

Para que la situación sea sostenible y la deuda no se descontrole, la renta de los trabajadores debe ascender como mínimo a:

$$18,86 \times 3 = \mathbf{56,57 \% \text{ del PIB.}}$$

b) Parte del ahorro social (3,33% del PIB) no se destina la producción o al consumo.

El endeudamiento de la demanda supondría el 25,2 % del PIB.

Repartiéndose:

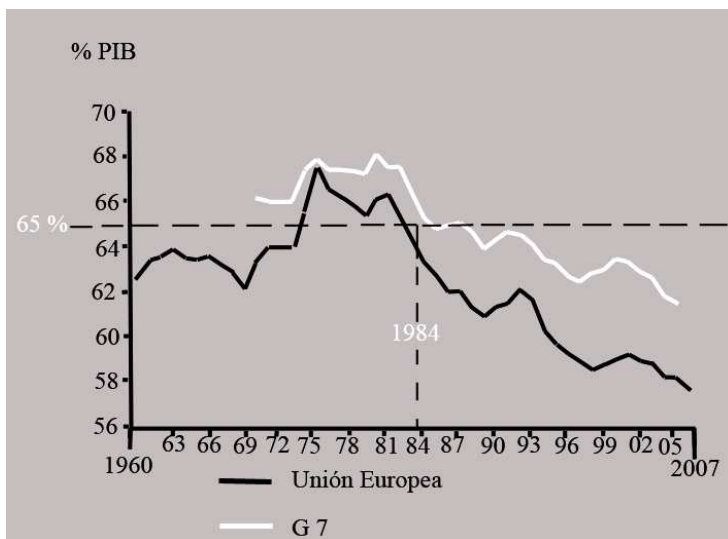
| | |
|---------------------|---------|
| Rentas del trabajo: | 21,74 % |
| Estado: | 3,45 % |

Para que la situación sea sostenible y la deuda no se des controle, la renta de los trabajadores debe ascender como mínimo a:

$$21,74 \times 3 = \mathbf{65,22 \% \text{ del PIB.}}$$

Como se ve, en términos de rentas del trabajo, la variación es importante en uno u otro supuesto.

La Renta Nacional es una manera de cuantificar el dinero que poseen los consumidores para adquirir el total de lo producido. Se calcula de diversas maneras, pero uno de sus componentes fijos son las rentas del trabajo. Entre 1982 y 2009, en términos relativos han descendido en el conjunto de los países ricos.



*Gráfico 12. Fuente: INSEE (2006), Comisión Europea (2007), FMI (2007)
Michel Husson. La subida tendencial de la tasa de explotación.*

El *Gráfico 12* muestra la evolución de la renta de los trabajadores asalariados en relación al PIB, en los países de la Unión Europea y el G7. (Alemania, Francia, Gran Bretaña, Japón, Italia, Canadá y EEUU.).

Se constata que en 1981-82 se registró un máximo histórico, y que a partir de entonces no han dejado de disminuir. Pero lo más significativo, en torno a 1984 (media UE-G7) traspasó en sentido descendente la línea del 65 % del PIB.

Es decir, pasó a niveles inferiores del mínimo requerido en el segundo supuesto. Solo era pues cuestión de tiempo que el sobre-endeudamiento de la demanda limitara la capacidad de consumo. La crisis comenzaba a gestarse.

Es claro que las cifras anteriores no deben ser tomadas al pie de la letra, pues son en parte estimaciones, sin embargo es indudable la existencia del *otro ahorro*, la reducción de la participación de las rentas del trabajo en la riqueza general, avalada por multitud de informes (OIT, FMI, Comisión Europea) y el aumento acelerado del endeudamiento a partir de 1980.

Júntense estas piezas, y se obtendrá un panorama muy semejante al descrito.

Estamos en crisis porque una parte del ahorro social se alejó de la economía real, y la capacidad de consumo de la población no aumentó lo suficiente como para compensarlo. Esto empujó a todos los agentes económicos (consumidores, banca, empresas, y estados) a un endeudamiento creciente, y finalmente insostenible.

O simplemente: **estamos en crisis porque hemos ahorrado más de lo necesario, y pagado poco a los trabajadores.**

Esta es nuestra *verdadera explicación* de las causas de *esta crisis*. El resto de sucesos económicos que la han acompañado, bajos tipos de interés, primas de riesgo, falta de capitalización bancaria, pérdidas bursátiles, rescates de estados etc., son las manifestaciones visibles de un proceso que comenzó a incubarse a mediados de la década de los 80.

Bien, se trata en principio de una explicación *suficiente*, pero seguramente incompleta, pues los dos factores señalados (el *otro ahorro*, y la disminución relativa de las rentas del trabajo) son en el fondo dos caras de un mismo y único fenómeno que estaría debajo y detrás de cuanto está sucediendo.

2) La tecnología.

Poco antes de la I Guerra Mundial, el fabricante de coches Henry Ford afirmaba que:

“El maquinismo y la moderna organización del trabajo reducen en principio la necesidad de obreros, pero el abaratamiento de los productos los pone al alcance de un numero cada vez mayor de clientes, por lo que el aumento de la demanda hace que a fin de cuentas, tengamos que contratar más personal. Las máquinas no destruyen trabajo, lo crean”

La esencia de la *cuestión tecnológica* quedó planteada: en tanto la tecnología consiguiese crear más puestos de trabajo de los que destruía, el esquema *producción- consumo* capitalista podría funcionar. Y así ocurría en tiempos de Mr. Ford.

La tecnología pretende facilitar la *producción*. Esto es así desde el hacha de sílex hasta el ordenador, pasando por el arado, la maquina de vapor o la prensa hidráulica.

Y facilitar la producción significa:

---Que los bienes o servicios precisarán de menos tiempo de trabajo para ser producidos.

---Que su volumen aumentará.

---Que el precio por unidad descenderá.

Mr. Ford aludía a la necesidad de armonizar estos tres enunciados. En definitiva, equilibrar oferta y demanda.

Una tecnología más avanzada supone mayor capacidad de *producción*, que para materializarse precisa de una demanda suficiente. Con la tecnología disponible a principios del siglo XX, esto era posible. Pero desde los tiempos de Mr. Ford ha corrido mucha agua bajo los puentes.

“La descarga de un buque en el puerto de Londres requería en 1970 la participación de 180 personas durante cinco días. En 2000 esta tarea la realizan ocho personas en un día”³.

³ El Crahs del 2010. Santiago Niño Becerra. PG. 149. www.loslibrosdellince.com

En la década de 1970, una ciudad de 200.000 habitantes precisaba 200 operadores telefónicos en centrales manuales. En la de 1990, ninguno.

En la misma época, la contabilidad de un centro de distribución farmacéutica de tamaño medio precisaba de 200 empleados. En los 80, el primer ordenador los redujo a 30. En la actualidad el trabajo lo realizan 8 personas.

En 1913, en las fábricas de Henry Ford se acortó el tiempo de montaje del famoso modelo T, de 750 minutos a 100.

En 1900, los 150 empleados de FIAT fabricaron 34 vehículos. En 1997, a cada trabajador le correspondió una media de 31 unidades.

En 1800, para alimentar a la población de EEUU era necesario el trabajo del 89% de la población, en 2000, el del 2,5%.

El sector industrial español producía en 1998 lo mismo que 1994 con 364,209 trabajadores menos.⁴

Si se utilizase la tecnología de 2000 para producir el mismo volumen de bienes y servicio que en 1975, los trabajadores necesarios se reducirían en los siguientes porcentajes:

| | |
|---------------------|----------------------|
| OCDE | -35 % |
| Asía Meridional | -48,5 % |
| Asia Orienta | -50,6 % |
| América Latina | -22,5 % |
| África Subsahariana | -23,5 % ⁵ |

⁴ Fuente INE. Importe neto cifra de negocios 1994 =100; 1998 =140. Precios Industriales 1994 =100; 1998=108,58. Número de trabajadores sector 1994 =2.317.274; 1998 =2.

516. 327

⁵ El Crahs del 2010. Santiago Niño Becerra. PG. 149. Más elaboración propia.

Se trata de un pequeño y revelador muestrario de las consecuencias que han tenido las innovaciones tecnológicas en la población mundial. Para los interesados en este apartado, ver *El fin de la era del trabajo* de Jeremy Rifkin, donde encontrarán datos y análisis más completos.

La conclusión de Rifkin es clara: las innovaciones tecnológicas reducen las necesidades de empleo, pues se introducen precisamente para ello. Es decir, constantemente están creando *paro tecnológico*... Y..., ¿cómo se ha podido gestionar una situación semejante?

El siguiente grafico registra la variación por sectores de la población trabajadora en el último siglo, y nos proporciona una visión de lo que han supuesto estos cambios en los países más ricos (*Gráfico 13*).

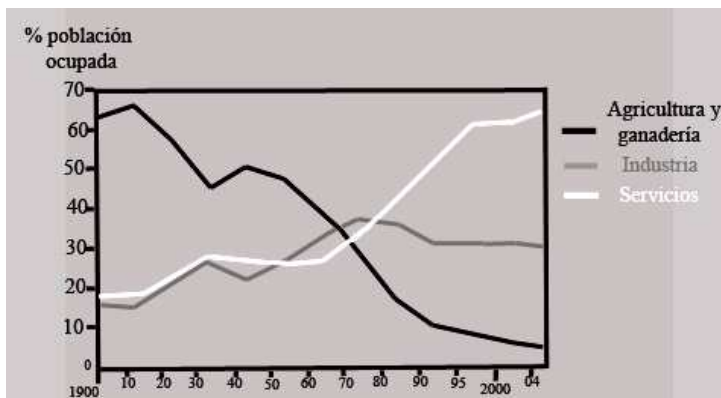


Gráfico 13. Fuente: OCDE.

Destaca sobremanera la caída del porcentaje de población empleada en agricultura y ganadería, así como el importantísimo aumento del sector servicios. La industria por su parte, alcanzó un pico en 1975 que más o menos se mantuvo hasta 1985. A partir de entonces inició un lento descenso.

Y esto ocurría mientras la producción aumentaba prodigiosamente. Así, la agricultura con un 90% de trabajadores menos, producía 5 veces más, y la

industria multiplicaba por 10 su producción, aumentando sus efectivos a menos del doble.

Ambos sectores se convirtieron en destructores de empleo, bien en términos absolutos (agricultura y ganadería) o relativos (industria). Las pérdidas fueron compensadas por el sector *servicios*.

Este ha sido pues el refugio y destino del empleo necesario para garantizar una demanda suficiente. A finales del siglo XIX, un trabajador gastaba en vivienda, alimentación, ropa, calzado y calefacción el 90% del sueldo, dedicando un modesto 5% a transporte, ocio y cultura. En la España del 2010, este último apartado se aproximaba al 50% del gasto.

Así estaban las cosas, cuando en torno a 1984 sucedió algo que trastocó el equilibrio.

El sector *servicios* comenzó a ser incapaz de crear el empleo suficiente para compensar las decrecientes necesidades de mano de obra de agricultura e industria⁶. El fenómeno coincidió con la *explosión informática* y los inicios de Internet.

Hasta entonces, los *servicios* se había mantenido relativamente alejado de las grandes innovaciones tecnológicas, centradas en transportes, maquinaria y robótica. La era de la información los alcanzó de lleno.

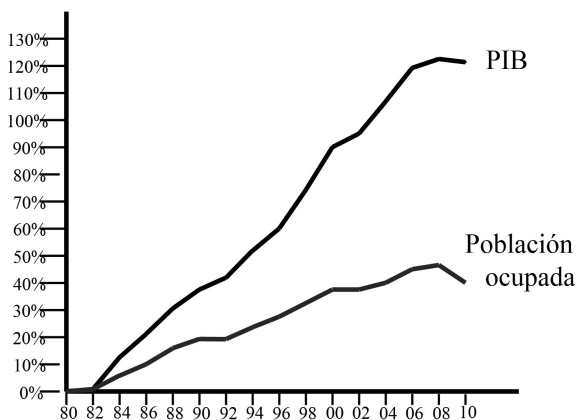
El primer impacto se centró en la administración pública, en el área de gestión de las empresas, especialmente banca, hostelería, agencias de viajes y relacionadas con el sistema de código de barras. También sufrieron las actividades de intermediación (compraventa de vehículos, agencias inmobiliarias, corredurías de seguros), y audiovisuales (cines, video clubes, salas recreativas).

En todas partes se alabaron los nuevos prodigios técnicos y las oportunidades de negocio que brindaban. Se pregonaba que en 2000, España precisaría 500,000 programadores informáticos, o que las ventas por Internet posibilitarían que casi cualquier ciudadano se convirtiera en un pequeño productor o comerciante.

⁶ *El fin de la era del trabajo* .Jeremy Rifkin. PG 59 Paidós Ibérica. Barcelona 1996.

Buena parte del trabajo se realizaría en los hogares, lo cual supondría un ahorro para las empresas que sería reinvertido en contratar más personal. Las novedades parecían ilimitadas, y en torno a ellas se tejió una nueva ideología empresarial centrada en concepto cuasi mágico de *innovación*. Lo cierto es que los nuevos empleos no compensaron la destrucción de los antiguos. Lo cual no tiene nada de extraño, pues la tecnología está precisamente para eso.

Y esto lo muestra palmariamente el siguiente gráfico (*Gráfico 14*). En él se recoge la evolución de la producción (PIB) y de la población ocupada en EEUU (1980-2010), patria y vanguardia de la informática, Internet, video juegos, telefonía móvil, redes sociales, bio-tecnología, nano- tecnología, aéreo-espacial, nuevos materiales. De los innovadores, los empresarios imaginativos, visionarios, emprendedores, filántropos, capitalistas compasivos. De las fundaciones, bancos solidarios y corporaciones comprometidas socialmente.



*Gráfico 14. Fuentes: Banco Mundial. Bureau of Labor Statistics.
Elaboración Propia.*

Desde 1980, la brecha entre producción y población ocupada no ha hecho más que crecer (*Gráfico 14*). Esto significa que, en términos relativos, la producción de la totalidad de los bienes y servicios precisa cada vez menos

fuerza de trabajo, y que la irrupción de las nuevas tecnologías y los fenómenos sociales asociados han ampliado la brecha. Esto se manifiesta en las economías desarrolladas en el aumento del paro estructural y especialmente, del empleo a tiempo parcial y el subempleo.

En definitiva, desde mediados de los 80 la demanda de fuerza de trabajo ha disminuido y esto, en un sistema de libre mercado, significa que su valor ha descendido. Así se explica la continua y generalizada reducción de las rentas de los trabajadores asalariados.

Se trata de lo que se denomina una *tendencia estructural*, pues dura ya más de 25 años, que *esta crisis* ha magnificado y se extiende la sospecha de que con la actual organización de la *cosa económica*, la lucha contra el desempleo es una quimera.

Para completar el panorama, hay que añadir un *efecto colateral*: el aumento del ahorro.

Es fácil de entender que la cuantía del ahorro depende de la cuantía de las rentas. Así, las posibilidades de ahorro de un parado con familia a cargo serán prácticamente nulas, mientras que las de por ejemplo, el Señor Amancio Ortega (Inditex), con un patrimonio de 21,500 millones de euros⁷, serán algo mayores. Se trata de casos extremos que dibujan una *pirámide del ahorro* exactamente inversa a la de la concentración de la riqueza.

“A mayor ganancia, mayor ahorro” Lo relevante es que la reducción del peso de la rentas del trabajo supone que el valor o dinero que han dejado de percibir ha emigrado a “*otra parte*”. Y esta *parte* solo pueden ser los segmentos medio-alto y alto de la sociedad, los de mayor propensión al ahorro.

Así pues, los *dos* factores que nos han conducido a *esta crisis* son en realidad *uno* solo: el desplazamiento de rentas en el sentido ascendente de la pirámide social. O lo que es igual, el aumento de la desigualdad en la distribución de la riqueza.

⁷ El País. 21/10/2007

Esto no es ningún secreto y ha sido señalado por numerosos autores. Sin embargo, no deja de ser llamativo que este desplazamiento se haya acelerado notablemente a partir del momento en que la tecnología comenzó a destruir más puestos de trabajo de los que creaba. Es por tanto muy posible que ambos fenómenos estén relacionados, lo cual significaría que estamos ante una crisis *sistémica*.

Este tipo de crisis son graves e infrecuentes, y se caracterizan por la puesta en cuestión de los esquemas económicos fundamentales. No se trata pues de situaciones fácilmente superables con medidas financieras o fiscales, dado que el problema atañe a las raíces del sistema productivo. Lo que está en juego es la capacidad de este para gestionar la tecnología existente.

Hay muchos indicios que apuntan a que efectivamente, estamos ante una *crisis sistémica*: su duración y profundidad, pero también el desconcierto que ha provocado en la ciudadanía y en los gestores mundiales de la *cosa económica*.

A estas alturas (verano 2011) se han ensayado multitud de medidas y recetas, frecuentemente contradictorias, que no han supuesto avances reseñables. El escepticismo se extiende y el sistema en su conjunto está siendo escrutado y puesto en tela de juicio.

Resumiendo lo anterior:

- Solo se produce aquello que se puede consumir, y por tanto vender. Luego, la cuantía de la *producción* depende de la capacidad de *consumo*. O si se quiere, de la cantidad de dinero que haya en el bolsillo de los consumidores.
- Sea cual sea el sistema económico, es imprescindible una cierta cantidad de ahorro que posibilite que la producción siga en marcha.

-- Ahorrar implica disminuir el consumo, o al menos retrasarlo. Así, el ahorro supone siempre una merma en la capacidad de demanda. Es lo que denominamos brecha o “hueco” en la demanda, y precisa ser “rellenado”. El dinero retirado del consumo debe retornar a él, pues de lo contrario la producción disminuirá.

-- Para posibilitar este retorno, el *ahorro* ha de ser multiplicado, de tal manera que atienda las necesidades de la *producción* (renovar el aparato productivo) y del *consumo* (absorber la totalidad de lo producido).

--Esta multiplicación la realiza la *banca*, transformando el *ahorro* en *crédito*.

-- El *crédito* implica *endeudamiento*, por lo que la cuantía del *ahorro* y la capacidad de *endeudamiento* han de estar equilibradas.

--En los países ricos, el grueso del *consumo* corre a cargo de los trabajadores asalariados, dado que constituyen la mayoría de la población y por tanto son los que (junto a los estados) han de asumir la práctica totalidad de la deuda derivada de “la brecha de la demanda”.

--Así, la magnitud de las rentas de los trabajadores y su consiguiente capacidad de *endeudamiento*, son las que en definitiva regula todo el ciclo productivo.

-- En caso de que la “brecha de la demanda” sea mayor que la capacidad de *endeudamiento* de los trabajadores, este último aumenta a velocidad creciente, provocando al paso de los años una *crisis de deuda* que afectará a todos los agentes económicos (consumidores, empresa, banca y estados).

-- En EEUU y en la zona euro esta crisis comenzó a gestarse en torno a 1984, cuando la renta de los trabajadores descendió del 65 % del PIB, y comenzaron a solaparse los créditos.

-- El problema se solucionó con más *crédito* y por consiguiente, más endeudamiento. Con algunos altibajos, el ciclo se alargó hasta el 2007. En el verano de este año, Europa comenzó a oír hablar de las *hipotecas basura* o *suprime*. Nos enteramos de que tales hipotecas, manipuladas en tortuosos circuitos financieros, estaban poniendo en apuros a la banca estadounidense. Ocurría que un número creciente de ciudadanos no podían pagar sus mensualidades y estaban perdiendo sus casas. Y lo más grave: no era posible habilitar nuevos créditos, pues el nivel de endeudamiento no lo permitía. El ciclo parecía estar tocando a su fin.

--Sonaron las alarmas, y en poco más de un año la deuda acumulada arrastraba a la quiebra a multitud de bancos, aseguradoras, empresas y particulares en Europa y EEUU.

Ya en 2010, alcanzó de lleno a los estados. Quebró Islandia. Grecia, Irlanda y Portugal fueron rescatadas. España e Italia, sometidas a severa vigilancia.

--Es evidente por tanto que *esta crisis* es ante todo una crisis de *deuda*. O si se quiere, el endeudamiento generalizado ha sido su detonante, aunque su causa inicial haya que buscarla en el desequilibrio entre el *ahorro* y la renta de los trabajadores.

--Es posible identificar una causa común para ambos factores. Precisamente a mediados de la década de los 80, se produjo un cambio que trastocó los supuestos de las economías desarrolladas: las tecnologías aplicadas a la producción comenzaron a destruir más puestos de trabajo de los que creaban. Tuvo que ver con la extensión de la informática y la robótica, pero no solo con ellas.

--Más exactamente, el fenómeno se manifestó en el hecho de que los puestos de trabajo que se perdían en agricultura e industria debido a la innovación tecnológica, no eran suficientemente compensados por los creados en el sector servicios.

-- Se produjo por tanto una disminución en la demanda de mano de obra, lo cual propició el descenso del peso de los salarios en la Renta Nacional. La

pérdida relativa de poder adquisitivo de los trabajadores se transformaba en el *otro ahorro*. El resto ya lo conocemos.

-- Por tanto, estamos en crisis **por la incapacidad del actual modelo *producción-consumo* para gestionar la tecnología disponible** (y previsible).

-- O si se quiere, **dicho modelo dificulta que los avances tecnológicos se traduzcan en la mejora de las condiciones de vida de la población.**

-- Este esquema o modelo se funda en las ideas y principios de la economía liberal o neo liberal, que se caracteriza por la renuncia de los estados a la producción de bienes y al control del ahorro social.

-- Y esto nos sitúa ante una disyuntiva: o se renuncia a parte de la tecnología existente o se transforma el modelo *producción-consumo*.

-- En caso de que esta transformación no se produzca, lo menos grave que podemos esperar es que lo que hoy llamamos *crisis* se convierta por muchos años en el estado “normal” de las cosas...con una envenenada tendencia a empeorar.

III

¿DONDE ESTÁ EL DINERO?

El interés de la ciudadanía por “la cosa económica” varía considerablemente en función de los niveles de prosperidad. En épocas de expansión o bonanza suele ser escaso. Cada cual se ocupa de sus quehaceres e intereses particulares, dejando la gestión global en manos de especialistas o agentes sociales en los cuales se confía implícitamente. El asunto cambia cuando aparecen dificultades serias. Crece la demanda de información y la necesidad de pedir cuentas a los dirigentes.

La situación podría describirse como una suerte de pacto no escrito entre la ciudadanía y los gestores económicos (gobiernos, sindicatos, inversores, banqueros, grandes empresarios...) que dice más o menos lo siguiente: “Bien, no nos importa demasiado que los ricos sean cada vez más ricos, siempre y cuando el bienestar aumente apreciablemente, y tengamos fundadas esperanzas que nuestros hijos van a vivir igual o mejor que nosotros. Si cumplen, dejaremos *la cosa económica* en vuestras manos”.

Esta crisis está cuestionando la vigencia del “pacto”, y es previsible que si las condiciones de vida siguen degradándose, la exigencia de responsabilidades aumente proporcionalmente.

En este contexto, una de las causas de perplejidad de la población es el hecho de que haya sido necesario *rescatar a los bancos*.

El razonamiento es sencillo: “Si la capacidad de consumo de los trabajadores y pequeños empresarios ha disminuido, y los bancos no tienen fondos suficientes... ¿donde está el *dinero* que hasta antes de ayer circulaba en abundancia?”

Responder a esta pregunta nos llevará al corazón del modelo neo-liberal, y ayudará a comprender la magnitud del berenjenal (o colifloral) en el que nos hayamos inmersos.

1) *Poco dinero.*

En 1945, las mentes más brillantes del capitalismo se reunieron en Bretton Wood, EEUU, para diseñar el nuevo orden económico mundial. Tras duras negociaciones se tomaron decisiones claves para el devenir de la economía del planeta.

Se consagró al Dólar USA como moneda de intercambio y reserva mundial. A partir de entonces, un austriaco que quisiese comprar petróleo en Nigeria debía pagarlo en dólares, y solo en dólares. Lo mismo le ocurría a un japonés que pretendiese adquirir granos en Argentina o a un turco interesado en el cobre chileno.

Las ventajas para EEUU eran tan importantes que hubo de comprometerse a mantener reservas en oro equivalentes al valor total de billetes que pudiese en circulación, en la proporción de 35\$ / onza. Así en estas fechas, la capacidad de crear dinero debía ser respaldada por un valor que se consideraba objetivo: el oro.

Pero..., en 1971 Estados Unidos estaba envuelto en una guerra que además de impopular, era carísima. En Vietnam se libraba la penúltima batalla al comunismo y la potencia americana se sentía en la obligación de ganarla.

En este mismo año, EEUU pasó de país exportador a importador neto. Al presidente de turno, Richard Nixon, se le acumulaban los problemas y decidió auto-liberar a la nación de la obligación de respaldar la emisión de dólares con reservas de oro.

Hubo protestas y presiones de los socios occidentales, pero finalmente se accedió a la petición americana en reconocimiento a sus esfuerzos en la cruzada antisoviética.

Los acuerdos de Bretón Woods quedaron tocados. EEUU podía ahora emitir cuantos billetes considerase oportuno, lo cual significaba, entre otras cosas, una capacidad de endeudamiento *casi* ilimitada.

Fue el principio del fin de la era del *dinero contante y sonante*. Una década después se popularizaron las tarjetas de crédito y comenzó el reinado del

dinero electrónico. Y *dinero*, lo que se dice dinero en el sentido tradicional del término, cada vez hubo menos.

Según el Banco Central Europeo, en Julio de 2011, el dinero en circulación en el área Euro (no confundir con M1) suponía 5,633 % del total contabilizado. El resto estaba depositado en la banca, y en su mayoría en forma de simples anotaciones contables.

Así, el *dinero* es hoy básicamente un gigantesco registro donde se anota que pertenece a cada cual. O más exactamente, quien le debe a quien.

2) *El dinero fantasma.*

. En el capítulo II señalamos que la banca se ve *obligada* a multiplicar el ahorro social existente, y que esta *obligación* posibilita que el sistema productivo siga en marcha. Ahora bien..., ¿que significa multiplicar el ahorro? ¿Equivale a crear *dinero*? ¿De donde sale? ¿Es posible crear *dinero* de la nada? Si es así..., ¿basta la decisión del director de una sucursal bancaria para crea *dinero*?

El dinero es una criatura extraña y esquiva. No es como una coliflor, un televisor, un portaviones o una carretera que en algún momento se destruyen o deterioran. En principio, un billete puede cambiar de manos eternamente. Y si su parte física resulta dañada, inmediatamente será remplazada por otro que restaurará el valor que representa.

Su naturaleza exacta es uno de los misterios de la economía. Se han escrito innumerables obras tratando de determinar que es *dinero*, y que no lo es. El asunto es pues complejo y una aproximación aunque somera, queda fuera de los márgenes de este informe.

Ahora bien, es posible un acercamiento a lo que denominamos *dinero fantasma*, limitándonos a examinar una de sus cualidades: almacén o

depósito de *valor*. Y más concretamente, el *dinero* como depósito de *tiempo de trabajo*.

Esta cualidad se aprecia con nitidez cuando compramos servicios. Pongamos que soy un asalariado que trabaja 40 horas semanales. He cobrado mi paga, entro en un bar y pido un café. Inmediatamente el camarero se pone a trabajar para mí.

Mientras leo el periódico, el carnicero me corta unos solomillos y su hijo me limpia el coche. Basta abrir la billetera para que la gente se mueva para mi bienestar y disfrute. La sensación es la de haber destapado un recipiente que encierra tiempo de trabajo. Este tiempo se derrama a mí alrededor, provocando actividad y agitación. Pero como en todo recipiente, su contenido se agota (las 40 horas) y entonces, cesa la actividad y cada cual vuelve a su puesto.

Es claro que lo que ha ocurrido es que he intercambiado mi tiempo de trabajo por el de los demás. Si lo que compramos son bienes, en nada cambia la naturaleza del asunto, pues la única diferencia es que el trabajo ha tenido lugar con anterioridad y fuera de nuestra vista.

Bien, si el dinero es (al menos en parte) un almacén o depósito de *tiempo de trabajo*, multiplicar el ahorro social significa también multiplicar el tiempo de trabajo, o lo que es lo mismo, conceder un crédito consiste en *pagar por un trabajo que no se ha realizado*.

El ciudadano X quiere comprar un coche nuevo y solicita le sea financiado a cinco años. Es decir, X se compromete a trabajar los siguientes cinco años un número determinado *horas* para cubrir el pago del coche.

La empresa Y precisa renovar sus sistemas informáticos, para lo cual solicita un crédito, asegurando que parte de las *ventas* de los próximos tres años se destinarán a reintegrarlo.

El estado Z emite deuda a diez años, obligándose a que una porción de los *impuestos* recaudados en dicho periodo sean utilizados en satisfacerla.

Es sabido que todo ello implica pago de intereses, pero lo relevante es el hecho de que particulares, empresas y estados pasan inmediatamente a ser propietarios de bienes o servicios ya existentes en base a *promesas* (se ha de trabajar, se ha de vender, se ha de recaudar).

Por lo que efectivamente, la simple decisión del director de una sucursal bancaria puede literalmente *crear dinero*, o más exactamente, mediante la intervención de la banca es posible intercambiar tiempo de trabajo *ya realizado*, por tiempo de trabajo *a realizar*.

¿Significa esto que es posible crear dinero de la nada? No exactamente.

La *promesa* del receptor del crédito ha de estar respaldada por una *garantía*. Por lo que el valor y carácter de las mismas es esencial para el funcionamiento del sistema crediticio.

¿Qué se considera una *garantía*? En general, aquello que en cada caso la banca estime suficiente, aunque la mayoría se limita a dos tipos: propiedad y confianza.

La propiedad es la *garantía* por excelencia, ya que su control implica que el préstamo será satisfecho. Así, un bien de valor igual o superior a la cuantía del crédito queda a disposición legal de la banca en tanto este no sea satisfecho. La variante más extendida es la hipotecaria, aunque también son frecuentes las consistentes en acciones bursátiles, deuda pública y otros valores financieros, sean en depósito o mediante avales de terceros.

La confianza se aplica a particulares, empresas y estados. En el primer caso, la posesión de un puesto de trabajo con determinadas características (nivel de renta y seguridad), es considerada garantía suficiente para gran cantidad de préstamos al consumo, pues se estima que un buen empleo no se abandona fácilmente. Suelen ser de cuantías relativamente pequeña, pero en conjunto suponen un porcentaje importante en el endeudamiento de las familias. Tarjetas de crédito, descubiertos en las cuentas, renegociación de créditos anteriores, cantidades en metálico y adelantos para adquisición de bienes y servicios.

De las empresas se valora su trayectoria y cuenta de resultados, aunque para transacciones importantes se exigen avales o propiedades.

Por último, se entiende que un estado moderno no puede quebrar, es decir que pagará sus deudas en la cuantía y plazos estipulados, cosa que no siempre ocurre (Argentina, Islandia) y que en caso contrario, el sistema económico mundial encontrará la manera de que los créditos sean rembolsados.

Ambas modalidades (propiedad y confianza) tienen en común el hecho de que la banca fija el valor de las garantías en el *presente* proyectándolo hacia el *futuro*.

Al ciudadano X se le concede el crédito porque el banquero juzga que su situación laboral *futura* será al menos tan buena como la *presente*. A la empresa Y, porque estima que sus ventas serán igual de cuantiosas que las actuales, y al estado Z, porque su capacidad de recaudar impuestos no se alterará sustancialmente.

El trabajo y la especialización del banquero consisten en *evaluar riesgos*, es decir, valorar correctamente las garantías, pues en caso contrario se producirán pérdidas.

Ha de ser sagaz y estar bien informado, dado que en sus manos recae la responsabilidad cuasi litúrgica de *crear dinero*.

Este es, a grandes rasgos, el funcionamiento del binomio *crédito-garantía*, que en el fondo consiste en introducir en el sistema económico tiempo de trabajo inexistente (*crédito*) relacionándolo con otro efectivamente realizado, o de probable realización (*garantía*).

A poco que se reflexione se comprende que en sentido amplio, es decir, considerando al conjunto de la banca como gestora de la totalidad del ahorro social, los distintos tipos de *garantías* dependen de un factor externo: la buena marcha de la economía. Para que el ciclo del *crédito* se complete sin tropiezos, debe comportarse igual o mejor que en el momento en el que se concedieron los préstamos.

Luego, el crecimiento económico es quien en última instancia garantiza a la banca que los créditos le serán devueltos en los plazos y condiciones pactadas. O dicho de otra manera, la buena marcha de la economía es la *garantía final* que sustenta todo el sistema crediticio.

Es probable que el ciudadano X tenga dificultades para devolver el préstamo en las condiciones pactadas si pierde su trabajo, ve mermadas sus retribuciones o suben apreciablemente los tipos de interés. Lo mismo le ocurrirá a la empresa Y si no vende lo previsto, y al estado Z si no recauda lo esperado.

Así, en caso de estancamiento o recesión, el conjunto de las *garantías sociales* pierden valor y el resultado es un fenómeno, que no por repetido deja de sorprender: el dinero creado mediante la multiplicación del ahorro desaparece.

Y decimos “desaparece” en el sentido literal, pues no se trata de que determinadas cantidades sean trasladadas de un sector a otro de la economía. Simplemente dejan de contabilizarse, se esfuman.

El fenómeno se ha reproducido por doquier en los últimos tiempos. Quizá la manera más clara de visualizarlo sean las pérdidas registradas en los valores financieros.

Entre enero y agosto de 2011, las bolsas de todo el mundo han perdido unos 3,4 billones de euros, más de tres veces el PIB de España en 2010. Esta cantidad no ha sido transferida a parte alguna. Otro caso bien conocido han sido las hipotecas *suprime* estadounidenses.

Mediante habilidosas campañas, se convenció a millones de propietarios para que hipotecaran sus viviendas o adquiriesen propiedades en condiciones muy favorables para la banca. Se realizaron las correspondientes tasaciones en un momento de auge económico. Estas hipotecas fueron vendidas y revendidas en los mercados financieros internacionales. Así fue posible que por ejemplo, un jubilado inglés fuese en parte propietario de la deuda de un señor de Arkansas, del cual por su puesto no tenía la más mínima referencia.

Pero la coyuntura cambió. Subieron los intereses y el desempleo, y el señor de Arkansas (muchos señores de Arkansas) dejó de pagar sus mensualidades.

Las viviendas fueron embargadas, el precio medio calló y con igual rapidez desapareció el dinero que se había creado en base a ellas. Casi de un día para otro, todo el sistema bancario norteamericano se vio al borde de la quiebra.

El gobierno, el banco central USA (FED), y el resto de Bancos Centrales del mundo intervinieron facilitando cantidades ingentes de fondos a la banca para evitar, entre otras cosas, que el jubilado inglés perdiese los ahorros de su vida.

Como decimos, este fenómeno se ha repetido con variantes a lo largo y ancho del planeta. En España, la burbuja inmobiliaria y la depreciación de la deuda del estado han sido las manifestaciones más relevantes de una crisis de endeudamiento originada por la pérdida de valor del conjunto de *garantías sociales*, y la consiguiente desaparición del *dinero* creado en base a ellas.

Visto de esta manera, se comprenden gran variedad de sucesos económicos que han llenado las páginas de los periódicos. Uno de ellos es que, pese a la creencia popular, el dinero no está en los bancos. O más exactamente, los bancos son en primer término poseedores de *deuda* (activos) y a mucha distancia, depositarios del ahorro social (*dinero*).

Un reciente informe del fondo de inversión *Hussman Strategic Growth Fund* recoge las cifras de multiplicación del ahorro, y los porcentajes de depósitos (el *dinero* que efectivamente custodian) de algunos de los principales bancos europeos.

BANCOS

| | MULTIPLICADOR | % DEPÓSITOS |
|------------------|---------------|-------------|
| LANDESBANK BERLI | 53.04 | 1.43% |
| DEXIA SA | 52.83 | 1.49% |
| DEUTSCHE BANK-RG | 37.82 | 1.83% |
| DANSKE BANK A/S | 30.68 | 2.55% |
| CREDIT AGRICOLE | 30.56 | 1.97% |
| ING GROEP-ADR | 26.37 | 3.36% |
| COMMERZBANK | 26.32 | 3.39% |
| UBS AG-REG | 25.40 | 3.19% |
| BARCLAYS PLC | 23.93 | 3.60% |
| NORDEA BANK AB | 23.67 | 3.67% |
| BNP PARIBAS | 23.33 | 3.59% |
| CREDIT SUISS-ADR | 22.86 | 3.51% |
| SOC GENERALE | 22.21 | 3.71% |
| LLOYDS BANKING | 21.14 | 4.17% |
| ROYAL BK SCOTLAN | 18.91 | 4.29% |
| FORTIS BANQUE | 17.75 | 5.61% |

Se entiende que sean los primeros afectados cuando tiene lugar una crisis como la actual.

También que en épocas de bonanza económica, la multiplicación del ahorro o creación de dinero se realice sin dificultad, aunque a costa de hacer más vulnerable el sistema.

Una sociedad que ha multiplicado su ahorro social por 3 está menos expuesta a trastornos graves que otra que lo hecho por 9, pues en caso de estancamiento o recesión, la cantidad de dinero que desaparece es mayor en el segundo caso.

Otro aspecto revelador es la insistencia de gobernantes y dirigentes económicos en afirmar que *la economía es una cuestión de confianza*. Y efectivamente lo es, pero no tanto en personas, empresas, estados o instituciones, si no simplemente en la buena marcha de la economía. Conceder un crédito es en esencia un acto de fe.

Y lo cierto, es que la confianza se deposita en último término en el modelo *producción-consumo*, puesto que es el regulador del ciclo económico. Lo cual da lugar a una curiosa paradoja.

Si conceder un crédito es un acto de *fe*, denegarlo lo es de *desconfianza*. La restricción del crédito en todos los niveles es uno de los rasgos característicos de *esta crisis*. Esto supone que en la práctica la banca y en general la dirigencia económicos, *desconfía* del modelo que gestiona. Y probablemente, en mayor medida que el grueso de la ciudadanía.

Esto ya ha ocurrido en crisis anteriores y las razones son obvias. Una de ellas podría resumirse en la célebre sentencia de Keynes: “No hay nada más tímido que un millón de dólares”. Más allá de posturas técnicas, teóricas o ideológicas, nadie desea perder su dinero. También es claro que quien conoce los entresijos del sistema está en mejor posición para juzgarlo.

Tal desconfianza rara vez se manifiesta en público, aunque no dejan de llamar la atención determinadas declaraciones que traslucen el nivel de desconcierto en que estamos sumidos.

Nicolás Sarkozy, un señor de derechas de toda la vida, cree que se ha de refundar el capitalismo. El presidente Barack Obama habla de acabar con los paraísos fiscales. Warren Buffet, especulador y archimillonario, pide le sean subidos los impuestos. Duraó Barroso (otro señor de derechas de toda la vida) lanza discursos incendiarios en el parlamento europeo, e insiste en instaurar un impuesto a las transacciones financieras, hasta ayer reivindicación casi exclusiva de grupos “antisistema”.

A fecha de hoy, ninguna de estas propuestas se han materializado y es poco probable que lo veamos a corto plazo. Sin embargo, la sensación de que algo debe cambiar en las entrañas de *la cosa económica* recorre el mundo y por el momento, se está registrando una importante deslegitimación ideológica del modelo liberal.

Por último, cabe fijarse en el reparto de responsabilidades de *esta crisis*. A la opinión pública ha transcendido que los culpables han sido banqueros ambiciosos-irresponsables, que aprovechando la escasa o nula regulación a la que estaban sometidos, se enriquecieron desmedidamente mediante prácticas bancarias de *alto riesgo*, las cuales llevaron al sistema al borde del colapso.

El papel que jugaron los comportamientos de los gestores bancarios en el estallido de *esta crisis* está bien documentado. Ambición y falta de escrúpulos, sin olvidar maniobras tipo “agentes dobles”, infiltrando las instituciones que debían vigilarlos y apostando en privado contra los intereses que decían defender en público.

Todo ello fue posible merced a un proceso de largo alcance comenzado en los años 80: la absoluta libertad de movimientos del capital (desregulación). Según muchos observadores, una situación semejante lleva a la larga a una *irresponsabilidad estructural*, pues la inmediatez y cuantía de las ganancias oscurecen la percepción del riesgo. Y ejemplos no faltan. Poco antes del crack de setiembre de 2008, determinados bancos de inversión estadounidenses multiplicaban hasta por 60 el ahorro depositado.

Dando por bueno lo anterior, cabría preguntarse si con otra manera hacer las cosas, la economía mundial (y española) hubiese podido crecer al ritmo que lo hizo entre 2000-2008. Es decir, si el sistema crediticio hubiese actuado de manera *responsable*, concediendo créditos solo a aquellos realmente podían hacerles frente, se habrían conseguido cifras de crecimiento como las siguientes:

| | |
|--------------|---------------|
| Mundo: +3,1% | India +7,44% |
| OCDE +2,47% | Brasil +4,41% |
| China +10,3% | España +3,46% |

Seguramente no, pues la dependencia crediticia del esquema *producción-consumo* es tan acusada, que cualquier disminución significativa se traduce en ralentización de la producción. De hecho podría considerarse *esta crisis* como una respuesta a la pregunta, ¿qué ocurriría si disminuyese el crédito? A la vista está. Parte del ahorro social se esfuma, y la demanda de fuerza de trabajo descende paralelamente a la capacidad de consumo.

Todo ello suscita la sensación de estar atrapados en un bucle perverso. Si el crédito se multiplica más allá de determinados niveles, se incuba una crisis

de deuda, en caso de no hacerlo, aparece el fantasma del estancamiento y la recesión.

Así, lo preocupante, lo realmente inquietante es el hecho de que estamos en crisis no por haber *vivido por encima de nuestras posibilidades*, si no precisamente por haber dejado de hacerlo.

¿Cuál es la alternativa? Ciñéndonos al esquema liberal, solo existe una: conseguir que *las deudas se extingan... y reiniciar el ciclo*. Y esa es precisamente la fase en la que nos encontramos. La era de las *quitas*. Se comenzará con Grecia y seguirán otros países. *Quitas* para los bancos. Se dejarán caer algunos, otros se fusionarán o refloatarán y mediante acuerdos que nadie entenderá, se decretará una suerte de amnistía contable. *Quitas* para empresas y particulares. A las primeras se les bajarán los impuestos, y con los segundos, se renegociarán las hipotecas. Se ampliarán los plazos de los créditos y se venderán los inmuebles sobrantes al precio que haga falta.

Esta es al menos la idea. ¿Funcionará? Veremos. De cualquier modo, el proceso de digestión de la deuda será largo y para la población supondrá un periodo de penurias y retrocesos sociales que hasta hace poco eran inimaginables.

No hay que descartar tropiezos en forma de contestación social, crisis de deuda, pánico bursátil o *burbujas* incontrolables que rompan el precario equilibrio mundial.

Pero si el capitalismo consigue reiniciar el sistema, se enfrentará inmediatamente a las consecuencias de un proceso implacable: en el ínterin, la *tecnología* habrá desarrollado nuevas y eficaces maneras de producir cualquier cosa que se pueda vender.

La necesidad de fuerza de trabajo habrá disminuido y con ello la capacidad de consumo. Y el eterno dilema capitalista (¿a quién vender?) volverá a la casilla de partida.

3) *El capital financiero.*

Los motivos para ahorrar son tres:

- 1) Garantizar la producción futura.
- 2) Prevenir periodos de escasez.
- 3) Obtener beneficios.

Sobre el nº 1 ya hemos tratado. Veamos que ha ocurrido con los números 2 y 3.

Según el informe de la compañía aseguradora alemana Allianz⁸, en 2010 el ahorro bruto mundial ascendió a 133,4 billones de dólares. Este año, el PIB del planeta alcanzó los 63 billones. Es decir, el ahorro supero en más del doble el valor de todo lo producido. El caso español se sitúa por debajo de la media, ya que en 2008 el ahorro ascendió a 2,4 billones, y el PIB a 1,59. Estas cifras no incluyen uno de los apartados más importantes y esquivos del trasiego mundial de capitales: el mercado de divisas. De cualquier modo, nos ceñiremos a ellas pues son suficientemente ilustrativas.

¿De donde provienen estos fondos?

| | | |
|-------------------------------|----------------|---------------------|
| Depósitos bancarios: | 41 | billones de dólares |
| Fondos de inversión: | 22.5 | “ |
| Seguros | 20 | “ |
| Fondos de pensiones: | 18 | “ |
| Reservas en oro y divisas: | 10 | “ |
| Fondos Soberanos: | 7 | “ |
| Paraísos Fiscales | 7 | “ |
| Fondo Monetario Internacional | 2 ⁹ | “ |

⁸ Agencia F, Tag Empresas, Banca. 14/9/2011.

⁹ Fuentes.: para Depósitos, Fondos de Pensiones e inversión y Seguros INVERCO. Ahorro Financiero de las Familias. Informe 2009- Perspectivas 2010. Para Reservas y FMI, Banco Mundial. Para Paraísos Fiscales, *Jaque a los Paraísos Fiscales*. Guido Braslavsky.

En este mismo año, la inversión alcanzó el 20% del PIB, por lo que atendiendo a lo expuesto en el *Gráfico 7*, la economía mundial destinó unos 34,2 billones a financiar las necesidades de la *producción* y el *consumo* (motivo nº1). El resto del ahorró ($133,4 - 34,23 = 99,18$ billones) se destinó a otros menesteres (motivos nº 2 y nº 3).

Es decir, que en 2010 el *otro ahorro* rondaba los 100 billones, lo cual supone *más del 10% de todo lo producido en el planeta entre 1975 y 2010*¹⁰. O visto de otra manera, en los últimos 35 años la humanidad ha dedicado tres años y medio a trabajar exclusivamente para crear este *ahorro*. Como habrán supuesto, se trata de lo que hoy se denomina *capital financiero*, o simplemente *los mercados*.

Desde luego, las cifras son aproximadas, pero lo suficientemente proporcionadas como para hacernos una idea de su origen, y preguntarnos..., ¿a quien pertenece este capital? Desglosando las partidas se comprueba que el 24 % (reservas, fondos soberanos, FMI) pertenece a los estados, y el 76% a particulares.

Y simplificando (“a mayor renta, mayor ahorro”), resultará que los propietarios de estos 100 billones de dólares, son aproximadamente el 10% de habitantes más ricos del planeta. Es decir, unos 700 millones de personas distribuidas por todo el mundo, pero concentradas especialmente en los países de la OCDE. Lo cual plantea una de las paradojas más curiosas y menos aireadas de *esta crisis*. Veamos.

Sabemos que:

-- Entre 1980-2009, las familias de los países ricos se endeudaron extraordinariamente (*Gráfico 9*).

-- Un contingente considerable de ellas (clase media, media-alta y alta) son propietarias de buena parte del *otro ahorro* o capital financiero internacional.

¹⁰ Según el BM, el PIB mundial a precios actuales 1975-2010 = 959 billones.

¿Cómo conciliar ambas afirmaciones? La respuesta más obvia es que las familias de los países de la OCDE son de dos tipos: las que poseen el capital financiero y las que están endeudadas (*Gráfico 15*).

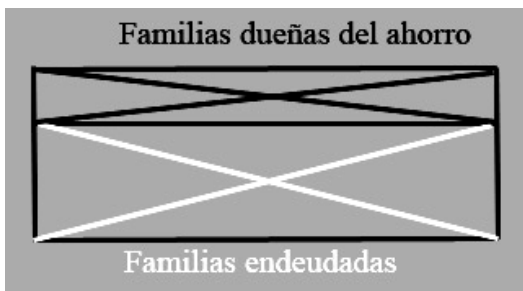


Gráfico 15.

Es decir, que el *otro ahorro* o capital financiero se concentra en las capas altas de la sociedad, mientras que la deuda se distribuye entre las clases medias. En principio parece razonable, aunque un examen más atento revela que las fronteras entre ambas no son tan rígidas, ni están tan claramente definidas. Y esto implica que una parte considerable de las familias (mixtas) de clase media y media- alta de los países ricos *ahorraron y se endeudaron simultáneamente* (*Gráfico 16*).

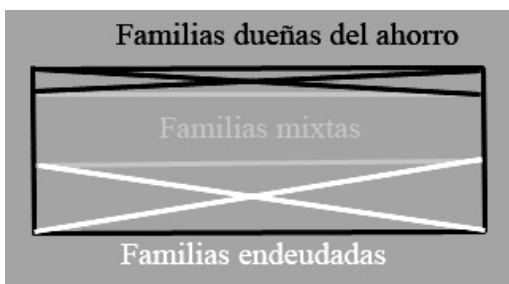


Gráfico 16.

Las cifras lo demuestran. La población de la OCDE es de unos 1200 millones de habitantes, de los cuales al menos unos 500 son propietarios de capital financiero. Y también la procedencia de los fondos.

En 2006, unos 10 millones de españoles participaban en la inversión inmobiliaria, 7 millones en La Bolsa y el 42% de la población ocupada había iniciado un plan de pensiones privado¹¹. Si a esto añadimos seguros, y sobre todo depósitos bancarios a plazos, se comprende que más de la mitad de la población estaba implicada en alguna modalidad de ahorro financiero. Las medias de la OCDE son más elevadas.

Paralelamente, la deuda de las familias alcanzaba o superaba el 100% del PIB en la mayoría de los países. Por tanto, ambos colectivos han de coincidir en una franja considerable.

Esta coincidencia se observa en prácticas como el pago de seguros (automóviles, inmuebles, de vida, de defunción), la suscripción de plazos fijos, la compra de segundas residencia, el mantenimiento de cuentas de jubilación o inversión..., mientras que el gasto corriente se sufraga con créditos al consumo.

Es decir, las clases medias desviaron del consumo parte de sus rentas transformándolas en ahorro en manos de la banca, a la cual simultáneamente solicitaban créditos. Esta *extraña circulación* explica como los propietarios del ahorro pueden estar a la vez endeudados.

De una parte, los economistas coinciden en que las clases medias son las grandes perdedoras y damnificadas de *esta crisis*, hasta el punto que en EEUU se especula con su posible desaparición a largo plazo. De otra, el *otro ahorro*, o capital financiero ha sido uno de los factores claves en la incubación y explosión de *esta crisis*, luego..., las clases medias de los países ricos se están viendo seriamente perjudicadas *por su propio ahorro*. O de otra manera, lo han puesto *a trabajar*, en base a unas reglas y en el interior de unos circuitos financieros que *las están empobreciendo*.

Y no se trata de un planteamiento teórico más o menos ingenioso. Las burbujas inmobiliarias estadounidense, británica, irlandesa o española han sido creadas y financiadas en buena medida con *ese ahorro*, así como los movimientos especulativos contra las deudas soberanas. Y esto ha traído paro, desahucios, rescates de bancos con fondos públicos y recortes

1. ¹¹ INVERCO. Ahorro Financiero de las Familias. Informe 2009- Perspectivas 2010.

sociales de todo tipo. Y es que los mercados, los temibles mercados se alimentan de nuestro trabajo y nuestro dinero..., ¿de donde si no?

El capital financiero se mueve y manifiesta principalmente en los siguientes mercados:

---*Mercado internacional de divisas.*

Es el mayor con diferencia. Su volumen de negocio se sitúa en torno a los 4 billones de dólares diarios. En él intervienen Bancos Centrales, bancos comerciales y de inversión, fondos y particulares. Es un mercado global y descentralizado que funciona las 24 horas del día. Sus centros más importantes están en New York, Londres y Tokio.

Es también el más opaco, dado que los grandes bancos realizan operaciones tanto por cuenta propia, como para clientes particulares.

---*Mercados de futuros o de derivados*

Volumen de negocio: 0,5 billones de dólares diarios. Es centro y resumen de la llamada ingeniería financiera. Ofrece infinidad de sofisticados formatos que han encandilado a muchos inversores. Se organiza en torno a *Cámaras de Compensación*, empresas privadas que regulan y dan garantías a las transacciones, y son quienes fijan las famosas *primas de riesgo* para todo tipo de productos financieros, incluidas las deudas de los estados. La referencia mundial es CME GROUP, con sede en Chicago.

---*Mercado bursátil.*

El más antiguo y conocido. En él se negocian las acciones, bonos, obligaciones y otros valores de las principales empresas. En 2008 su capitalización mundial ascendía a unos 117 billones. En principio cumple la función de poner en relación el *ahorro* y las necesidades de inversión de las empresas, aunque su carácter especulativo tiende a acentuarse con el paso de los años. En 1960, menos de 20% de las acciones existente cambiaron de manos a lo largo del año. En 2009, el 244%.

---*Mercado inmobiliario mundial.*

Se basa en la extendida creencia de que el precio de los inmuebles tiende siempre al alza, y consiste en la compra de inmuebles de todo tipo destinados al alquiler o a su venta posterior.

Su volumen de negocio es imposible de cuantificar. En sentido amplio, incluye a millones de pequeños y medianos ahorradores y en relación al capital financiero, a los fondos y entidades especializadas que son quienes marcan las pautas del mercado.

Estas cuatro modalidades están interrelacionadas y las referencias cruzadas son tan estrechas, que en realidad se trata de un único mercado mundial.

El capital financiero se diferencia del dedicado a la economía real al menos en tres aspectos:

--- No interviene directamente en la *producción* o el *consumo*.

--- No se fundamenta en la multiplicación de ahorro, si no en la captación de fondos.

--- Posee una movilidad absoluta.

Desarrollarlos con cierto detalle nos llevaría demasiado lejos. Del primero baste decir que el capital financiero trata exclusivamente con *valores*, es decir, con diferentes formas de *dinero*, independientemente de lo que representen o de donde provenga.

Una manera de visualizarlo es el mercado bursátil. Cuando un inversor compra acciones de una determinada empresa, su interés es el valor de la propia acción y no la actividad de la empresa. Es indiferente si extrae petróleo o fabrica ordenadores, pues no tiene intención de intervenir en la marcha de la misma. Lo único relevante es si su valor de mercado sube o baja, y en muchas ocasiones prefiere esto último. Es decir, que en

determinados tipos de operaciones, el inversor gana dinero si el valor de la empresa disminuye, o lo que es lo mismo, si su *situación empeora*.

Esto ocurre también con alimentos, materias primas, divisas, deuda pública..., y da idea del radical alejamiento del proceso productivo de este tipo de capital.

De otra parte, no basa su actividad en la multiplicación del ahorro que gestiona, si no en la captación de fondos. Se cimenta pues en el valor de *trabajos ya realizados* (liquidez), y no en el de *trabajos por realizar* (activos). Por lo que el monto de *dinero fantasma* que posee, aquel susceptible de desaparecer cuando las *garantías* se deprecian, es muy inferior al de la banca tradicional o comercial. Y esto, en tiempos de crisis es decisivo.

El dinero *fresco* queda en sus manos, por lo que es prácticamente el único (junto a la banca institucional) que tiene *capacidad de prestar*.

Así se comprende el inmenso poder que adquiere cuando las cosas van mal, y la sumisión de las políticas económicas de los estados a sus demandas e intereses, resumida en la constante necesidad de *calmar a los mercados*.

Pero quizá sea el tercer aspecto (absoluta movilidad) lo que lo convierte en prácticamente imbatible.

Para hacernos una idea de lo que ha supuesto la libre circulación mundial de capitales, imaginemos a un vendedor de perritos calientes que tuviese la capacidad de instalar su carro en las Ramblas de Barcelona, cualquier día del año y a cualquier hora. Y todo ello de manera instantánea, sin gastos de transporte, ni necesidad de autorización o pago de impuestos. Desde luego, sería un buen negocio.

Pero si además pudiese instalar otro los domingos en la inmediaciones del estadio del Liverpool, un tercero en Time Square, y un cuarto los sábados por la tarde en la plaza Tian'anmen de Pekín, el negocio sería mejor.

El único inconveniente consiste en que probablemente se tope con competidores. Y entonces, nuestro vendedor pensará: "Bien, hay mucho

perrito caliente en Time Square y en las Ramblas, pero el mundo es grande y seguro que es posible encontrar alguna esquina rentable”.

Y comenzará a escrutar las plazas de Uruguay, los colegios húngaros y los horarios de salida de los cines de Bombay, hasta encontrar dos o tres lugares donde plantar sus chiringuitos. El trabajo de los empleados y responsables del sector financiero es encontrar esas esquinas.

Imaginemos por último, que cae en la cuenta de que vendiendo *solo* perritos calientes pierde dinero (deja de ganar), pues es posible vender *cualquier cosa*.

Un caso análogo es el del trabajador que pudiese trasladarse instantáneamente al lugar del mundo donde le ofreciesen las mejores condiciones laborales. Y cenar en casa.

Se comprende que la tentación es grande y que unos 100 billones de dólares graviten el planeta en busca de una *buena oportunidad de negocio*.

El ciclo diario del capital financiero se inicia con la apertura de los mercados asiáticos. Simultáneamente, miles de ordenadores comienzan a emitir órdenes de compra y venta, en base a un sin fin de programas informáticos diseñados por algunos de los mejores matemáticos del mundo. Es la economía de casino.

Siguiendo el curso del sol, abren los mercados de Medio Oriente, y en seguida los europeos, donde los ordenadores ya han incorporado lo acaecido en Asia, y lo que se prevé en Wall Street. Se negocia sobre todo en Londres y Francfort, pero también en París, Milán y Madrid. A las 14h de Greenwich, abre New York, reina y referencia mundial, donde se fijará el resultado final de la jornada. Algunos se habrán enriquecido, y otros empobrecido, pero el monto total del capital financiero habrá aumentado ligeramente.

Y todo ello en base a un hecho sencillo: a alguien en algún lugar del mundo le sobrará un poco de dinero y querrá resérvalo para tiempos peores, y si es posible conseguir algún beneficio, tanto mejor.

Así, el capital financiero confía en que siempre podrá captar fondos que gestionar, y mientras la concentración de la riqueza aumente, los fondos lo harán también.

Como señalamos, el capital financiero se caracteriza por no intervenir directamente ni en la *producción* ni el *consumo*. Ahora bien, ocurre que en ocasiones la tentación de un buen negocio es difícil de resistir, y desciende de la esfera de los valores, acciones y obligaciones a la de la economía real. En estos casos se corre el riesgo de que se produzca una *burbuja*.

Una *burbuja* es un fenómeno especulativo consistente magnificar una demanda realmente existente, de tal manera que se consiga vender grandes cantidades de un producto a un precio superior a su valor real. Y esto es posible mediante inyecciones masivas de capital. El objetivo es crear una contagiosa euforia en la demanda, ya que mientras dure los dividendos estarán garantizados.

El fenómeno se asemeja a una profecía auto-cumplida o tragedia griega, pues a pesar de que los economistas conocen perfectamente su génesis, desarrollo y desenlace, en ocasiones son imposibles de evitar. Por tratarse de un caso *de libro*, ilustraremos este apartado con el nacimiento, expansión y triste final de la burbuja inmobiliaria española.

Ocurrió que con el cambio de siglo, se detectó que en el Reino de España se estaba produciendo un aumento de la demanda de bienes inmobiliarios. Y se supuso que esta demanda iba a ir a más, a mucho más. El Reino recibía a un número creciente de inmigrantes, la renta per capita aumentaba, y la buena marcha general de la economía europea auguraba una avalancha de turistas. Todo pintaba bien, así que se hicieron previsiones de crecimiento de lo más optimistas.

Para financiar la gran operación hacía falta mucho, muchísimo dinero. Se llevaron las previsiones a bancos y cajas de ahorro, que las dieron por buenas. El sistema bancario español no era pequeño, pero la operación le venía grande. Así que se acudió a los inversores internacionales, que también las dieron por buenas. Todo estaba apunto para un negocio que

nos iba a beneficiar a todos. Se crearían miles de pequeñas empresas, millones de puestos de trabajo y las grandes constructoras, bancos e inversores conseguirían los correspondientes pingües beneficios.

El asunto se puso en marcha. En 2003 ya se construían 525,000 viviendas al año. En las zonas costeras y en las periferias de las grandes ciudades, los jóvenes abandonaban los estudios y se iban a las obras. Los rumores de este nuevo *El Dorado*, llegaron al Magreb y a Latinoamérica. El flujo de inmigrantes aumentó y por su puesto, necesitaron viviendas. La bola iba en aumento. En 2004 ya eran 586,000 las construidas y la demanda no parecía flaquear.

Los precios subían como la espuma. La especulación estaba en marcha, y se extendió la sensación de que había que comprar *ya*, pues esperar supondría pagar más por el mismo inmueble.

En 2005 fueron 612,000 viviendas. Algunos comenzaron a inquietarse. Quien sabía algo de negocios comprendió que no se trataba de satisfacer una demanda creciente, sino de una *burbuja* en toda regla. Y las cuentas eran sencillas.

En tres años se habían levantado 1,700,000 viviendas. A una media de 2,5 ocupantes, suponían más de 4,300,000 personas. Y la población del Reino aumentaba, pero ni de lejos a ese ritmo. Incluso contando las segundas y terceras residencias, era claro que buena parte de la demanda era inversión especulativa.

Los pequeños inversores entraron al trapo. Se compraba un piso, apartamento o chalet, se cerraba con llave para que no perdiera su condición de vivienda nueva, y se vendía un tiempo después con ganancias considerables. Mientras el siguiente comprador pudiese hacer lo mismo, el negocio seguiría en marcha. Solo se necesitaba un flujo constante de nuevos capitales.

Los grandes financieros jugaban con promociones y urbanizaciones, intentando atraer inversores con fantásticas previsiones de ocupación y empleo. El castillo de aire se sustentaba en una creencia muy extendida: pasara lo que pasara, un inmueble nunca perdería valor, pues hasta donde había memoria, jamás había ocurrido.

Y si había ocurrido. En los EEUU, tras la depresión del 29 y en el Japón de los primeros 90. Justo tras el pinchazo de sendas *burbuja*s. Lo que sucedía era que los pequeños empresarios e inversores, los gerentes de bancos y cajas de ahorro carecían de experiencia para lidiar con algo tan grande. El clímax se alcanzó en 2006 con 860,000 viviendas.

Las alarmas sonaban con insistencia, pero *la locomotora española* había alcanzado tal velocidad y tamaño que nadie se atrevió a detenerla. Y se la abandonó a su suerte. Bruscamente dejaron de acudir los capitales, y lo que primó fue recuperar lo invertido. La locomotora descarriló y la *burbuja estallo*. En 2009 se construyeron menos de 90,000 viviendas.

El resultado fue devastador. En dos años se perdieron dos millones de puestos de trabajo, y se acumularon un millón de viviendas por vender. Los precios descendieron un 25% (y siguen bajando).

Esto fueron los datos más llamativos pero lo cierto es que todo el sistema económico y financiero crujió, llevándose por delante, entre otras cosas, los sueños socialdemócratas del gobierno que por entonces regía los destinos del Reino.

Se multiplicó la morosidad y los desahucios se contaron (se cuentan) por centenares de miles. El clima social se ensombreció, aumentando vertiginosamente la desconfianza en el futuro y en los gestores del sistema.

El capitalismo había fracasado en una de los aspectos del que siempre había presumido: su capacidad para desviar el ahorro existente hacia los sectores más dinámicos y productivos de la sociedad, lo cual es garantía de prosperidad general. En esta ocasión, se desviaron hacia una quimera.

La española no ha sido la única *burbuja* de la que se tenga noticias. Cuenta con ilustres antecedentes como las Punto Com de 2000, y las inmobiliarias de Japón, EEUU, Irlanda, y en menor medida, el Reino Unido. Todas han sido duras. Pero la palma se la lleva la bursátil que desencadenó la Gran Depresión de 1929. En esa ocasión, el propio capital financiero se convirtió en la materia prima de la *burbuja*, en una suerte de hipertrofia incontrolable. En septiembre de 2008 se rozó una situación semejante.

A fecha de hoy, se insiste en la necesidad de *regular los mercados* para evitar riesgos futuros. Es posible que algo se consiga. Pero lo decisivo, en cuanto al capital financiero se refiere, es su tamaño. Mientras sea posible conseguir *dividendos* importantes no cesará de crecer y su poder aumentará.

El peligro de la abundancia o *exuberancia financiera* es bien conocido. Así, tras la II Guerra Mundial en EEUU se establecieron límites al tamaño de los Bancos, y una rigurosa separación entre lo Comerciales y los de Inversión. Esto explica que hasta fechas relativamente recientes, ninguna de las mayores entidades financieras del mundo fuesen de este país. Pero en la década de los 80, bajo el mandato de Ronald Reagan, se comenzaron a levantar las prohibiciones y se produjo una ósmosis entre ambas modalidades de banca. Hoy es un fenómeno universal.

El capital financiero es primer término una *manera de actuar*. Todas las facciones de la banca la practican en mayor o menor grado, por lo que no es posible distinguir entre una banca *buen*a, dedicada a financiar *producción* y el *consumo*, y por tanto socialmente útil, y una banca *dañina*, centrada en el beneficio y la especulación.

Estamos pues ante un fenómeno que pone en peligro la estabilidad económica y las condiciones de vida de millones de habitantes del planeta. Warren Buffet denominó a una de sus prácticas más agresivas (derivados) “armas económicas de destrucción masiva”. A la vista está que no exageraba.

Sin embargo, su naturaleza lo convierte en “la patata caliente de la economía”. Imaginemos que mediante un acuerdo internacional se decidiera reintegrar esos 100 billones a la economía real, distribuyéndolos en función de la población de los estados. España, por ejemplo, prácticamente doblaría su PIB, por lo que en principio se acabarían los recortes, disminuirá drásticamente el paro y se solucionarían los problemas de la deuda.

En principio..., pero..., si en el resto de países ocurriese lo mismo..., los precios, comenzando por el petróleo, se dispararían y en poco tiempo la inflación haría desaparecer las ventajas de la operación. El *otro ahorro* se esfumaría de la misma manera que el *dinero fantasma*.

Así, el capital financiero mantiene prisionero o ha tomado como rehén buena parte del ahorro social..., que incluye pensiones, seguros, plazos fijos...

Es el resultado de apartar grandes cantidades de ahorro del ciclo productivo: o se convierten en una criatura peligrosa, o desaparecen.

Resumiendo lo anterior:

-- Tras el abandono definitivo del patrón oro en 1971, el *dinero* se ha transformado en un inmenso registro de datos en manos de la banca.

-- Dependiendo de su origen, existen dos tipos: el que procede del trabajo *ya realizado* (producción) y el que procede del trabajo *por realizar* (crédito). Este último lo crea la banca mediante la multiplicación del ahorro.

-- Para asegurar que el trabajo *por realizar* tenga lugar efectivamente, el *crédito* se relaciona con una *garantía*.

-- Las *garantías* son de dos clases:

- a) Trabajo *ya realizado*, materializado en bienes ya existentes (propiedades).
- b) Trabajo *prometido*, se considera segura su realización pues en el pasado así ha sucedido (confianza).

-- Ambos tipos de *garantías* dependen de un factor externo: la buena marcha de la economía. En caso de estancamiento o recesión general, el conjunto de *garantías sociales* pierden valor.

-- Esto lleva aparejada la desaparición de parte del dinero que se crea en base a ellas (*dinero fantasma*). En *esta crisis*, este fenómeno se constata por doquier, especialmente en la caída del valor de los inmuebles, las deudas de los países y los activos bancarios y bursátiles.

-- Dado que la banca es quien crea el *dinero fantasma* en base a las garantías que gestiona, es el primer escalón afectado en caso de crisis. De ahí la necesidad de los rescates y recapitalizaciones bancarias a los que estamos asistiendo.

-- A la opinión pública ha trascendido que el desencadenante de *esta crisis* ha sido la falta de regulación financiera que ha permitido excesos e irresponsabilidades de toda índole.

-- Siendo esto cierto, es muy dudoso que la economía mundial hubiese crecido, a las tasas que lo ha hecho en el periodo 2000-2008 sin la extensión masiva del crédito.

La dependencia crediticia del esquema *producción-consumo* es tan acusada, que cualquier restricción del mismo incide directamente en el volumen de la *producción*.

-- Así, estamos atrapados en un *bucle perverso*.

Exceso de crédito = Crisis de deuda.

Restricción del crédito = Estancamiento o recesión.

-- No estamos pues en crisis por haber vivido por encima de nuestras posibilidades, si no precisamente por haber dejado de hacerlo.

-- Atendiendo al esquema liberal, la única salida posible es conseguir que las deudas se extingan e intentar reiniciar el ciclo. Digerir las deudas implica pagar las existentes, y no contraer otras nuevas (restricción del

crédito), lo cual requiere su tiempo. En esa fase nos encontramos (verano 2011).

--- Para acelerar el proceso, tendrán lugar *quitas* o ampliación de plazos en todos los niveles de la economía, además de maniobras contables que destinadas a compensar la disminución del valor de los activos de la banca.

-- Todo ello supondrá un largo periodo de penuria para amplias capas de la población, retrocediendo el standard *de vida* en una o más décadas.

-- En caso de que el capitalismo consiga reequilibrar la economía, y reiniciar el ciclo sin modificar el esquema *producción- consumo*, se enfrentará a la consecuencia de los avances tecnológicos que habrán tenido lugar durante el periodo de crisis: mayor volumen de subempleo y desempleo estructural que a comienzos del ciclo anterior, con el consiguiente debilitamiento de la demanda.

-- La dirigencia económica es conscientes de ello, por lo que paralelamente se ensaya la ampliación de la capacidad de consumo de millones de habitantes de lo hasta ahora considerado tercer mundo. Son las *economías emergentes* (China, India, Brasil, Rusia, Sudáfrica, Indonesia).

-- Esta ampliación se está basada principalmente en el sector de la construcción, pues con la tecnología disponible, es el único capaz de generar cantidades importantes de empleo.

Asistiremos pues a nivel mundial a una expansión sin precedentes de este sector, con el riesgo cierto de la formación de *burbujas*. Esto está ocurriendo ya en Brasil, y especialmente en China, donde el gobierno lucha por detener una gigantesca *burbuja* financiero-inmobiliaria. La dependencia del capitalismo del sector de la construcción se hará cada vez más evidente.

-- El capital financiero tiene su origen en los motivos nº 2 y nº 3 para ahorrar: prevenir periodos futuros de escasez y obtener beneficios.

-- Se diferencia del *capital comercial* en que no interviene directamente en la *producción* o el *consumo*, no se funda en la multiplicación del ahorro social y posee una movilidad absoluta.

-- Estas tres cualidades hacen que en periodos de crisis su papel se realce, ya que junto a la banca institucional, es el único agente que está en condiciones de suministrar créditos. Son los tan traídos y llevados *mercados*.

-- A fecha de 2010, su monto era de al menos de 100 billones de dólares, aproximadamente el 10% de todos los bienes y servicios producidos en el planeta entre 1975 y 2010. Es decir, que en este periodo la humanidad trabajó unos 3,5 años exclusivamente para crearlo.

-- Sus propietarios son unos 700 millones de habitantes de todo el mundo, de los cuales la mayoría son originarios de los países más ricos (OCDE), incluyendo a una fracción importante de las clases medias, precisamente una de las capas más golpeadas por *esta crisis*.

-- El capital financiero (*otro ahorro*) ha desequilibrado el esquema *producción-consumo*, por lo que se puede afirmar que las clases medias de los países ricos se están empobreciendo en parte *gracias a su propio ahorro*. O también, que el ahorro de las clases medias puesto a disposición del capital financiero ha sido uno de los detonantes de *esta crisis*.

-- De cuando en cuando, el capital financiero desciende masivamente a la economía real, lo cual encierra el peligro de la creación de *burbujas*.

Una *burbuja* es un fenómeno especulativo consistente en vender grandes cantidades de un producto a un precio superior a su valor real. Esto, en determinadas circunstancias, se puede lograr mediante la inyección masiva de capital, de tal manera que magnifique la demanda realmente existente.

-- Todas las *burbujas* pinchan más temprano que tarde. El resultado es devastador para el sector económico o área geográfica donde se produzcan. La registrada en España ha significado un empobrecimiento brusco y generalizado de la mayoría de la población.

-- El capital financiero es una creación peligrosa. Warren Buffet denominó a una de sus prácticas más agresivas (derivados) “armas económicas de destrucción masiva”. A la vista está que no exageraba. Pero lo cierto es que seguirá creciendo y adquiriendo poder mientras sea posible conseguir *buenos dividendos*.

-- Podemos pues concluir que el dinero que echa en falta la población, el que hasta antes de ayer circulaba en abundancia, ***en buena parte se ha esfumado por el mero hecho de estar en crisis, y el resto se ha transformado en capital financiero***. Precisamente el que nos ha metido en este colifloral.

-- Para el ciudadano de a pie la situación es difícil de asumir. Históricamente el concepto de ahorro ha sido positivo, por lo que cuesta identificarlo como responsable de *esta crisis*. De la misma manera, no es fácil acostumbrarse a la idea de que la necesidad de fuerza de trabajo será en el futuro irremediabilmente decreciente.

Ahorro y trabajo, dos nociones ancestrales que siempre se han identificado con *bienestar*, han adquirido un nuevo significado en el plazo de una generación.

-- Somos hijos, o más bien productos de la tecnología. Sin ella, la mayoría de nosotros no estaríamos aquí (*Gráfico 1*). Por lo que en el fondo, no tiene nada de extraño que los arrolladores cambios vividos en los últimos cincuenta años nos obliguen a replantearnos algunas verdades que creíamos eternas.

-- Que el factor tecnológico es determinante se evidencia en el hecho de que no estamos dispuestos a prescindir él. Salvo fuerza mayor, jamás aceptaremos volver a segar a mano, descargar camiones al hombro, caminar kilómetros para ir al colegio o prescindir de la electricidad.

-- Entre 1990 y 2003, el PIB de Marruecos aumento de media un 3,3 % y la población ocupada el 3,16%. Tal y como está organizada la *cosa económica*, pretender que la tecnología no destruya puestos de trabajo, equivale a aspirar como máximo a la existente en el reino alauita en esos años.

-- El *trabajo*, entendido como dedicar un tercio del día a una ocupación remunerada, será cada vez más escaso. Por lo que es insostenible colocar a la población ante la disyuntiva de conseguir uno de esos *trabajos* o empobrecerse.

--“Ganaras el pan con el sudor de tu frente” Por suerte, esto ya no es literalmente así. Y abrigamos la esperanza de que tampoco lo sea en el futuro. Para ello, deberemos como mínimo superar una *crisis sistémica* y como en las anteriores, no será fácil. Habrá cambios. No lo duden. Esperemos que la humanidad alcance la cordura suficiente para afrontarlos.

